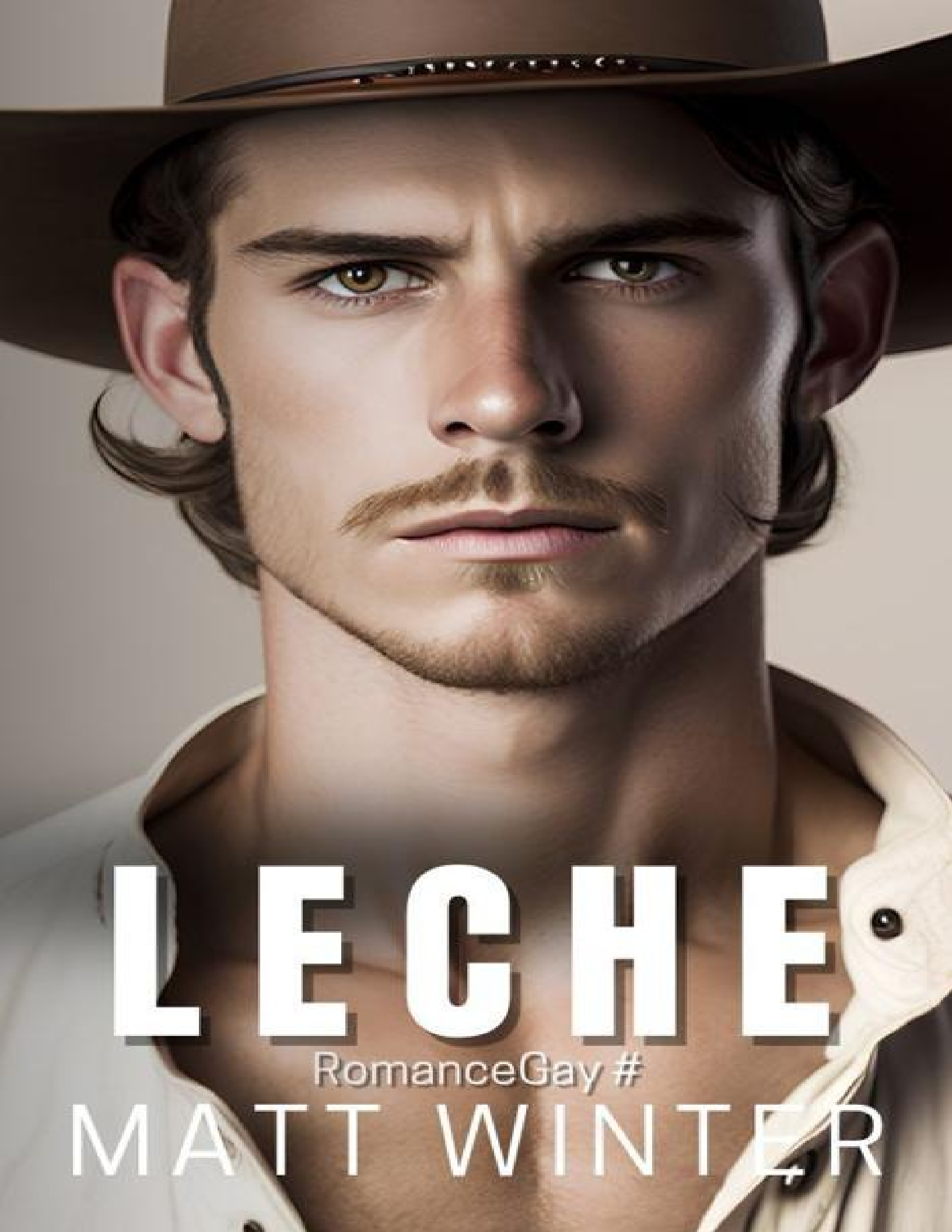

LECHE
RomanceGay #
MATT WINTER

LECHE

Matt Winter

© Todos los derechos reservados

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales) hechos o situaciones son pura coincidencia.

ADVERTENCIA: este libro contiene situaciones y lenguaje adulto, además de escenas sexualmente explícitas, que podrían ser consideradas ofensivas para algunos lectores. La venta de este libro es solo para adultos. Por favor, asegúrese de que este libro está archivado en un lugar al que no puedan acceder lectores menores de edad.

Título: *Leche*

Copyright © 2024 – *Matt Winter*
Primera edición, febrero 2024

Instagram: @mattwinter_author

Gracias por comprar esta novela.

Índice

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
Otras novelas de la serie de Matt Winter «Romance gay»

Me gusta escribir y me gusta que me lean, y me encantaría que me siguieras en Amazon para estar al tanto de mis lanzamientos.

Y millones de gracias por tener este libro entre tus manos.

Escanea el código QR

CAPÍTULO 1

Aaron

Las cosas no han ido bien últimamente. He tenido que escapar a toda prisa y apenas me ha dado tiempo a preparar un macuto donde he podido meter algo de ropa arrugada y con prisas. Me han permitido llevarme mi preciada silla de montar, aunque la he tenido que cargar al hombro y pesa un quintal.

Así, a pie, con las recias botas vaqueras horadando el suelo polvoriento y seco, me he adentrado en el desierto, siempre hacia el oeste, con la intención de encontrar una carretera, un camino, a alguien que se apiade de mí y me ayude a llegar a cualquier lugar civilizado.

El calor me achicharra la piel y si no fuera por el sombrero que llevo calado hasta las cejas seguro que creería que lo que se ve al fondo es una visión provocada por la insolación de un día de camino sin comida y con poca agua.

Me detengo y aguzo la vista. Es real, seguro que es real. A un par de millas diviso una serie de construcciones de madera y cercados que tienen la forma de un viejo rancho ganadero. Se me escapa un gemido de alivio que se parece mucho al que suele deslizárseme entre los dientes cuando estoy con un tipo rudo que sabe lo que tiene entre las manos, ya me entiendes, y aprieto el paso para llegar hasta allí antes de que me desmaye.

La culpa de mi desgracia ha sido mía, solo mía.

Ya llevaba un año trabajando en el mismo rancho del que he tenido que huir y estaba convencido de que esta vez las cosas serían diferentes.

Todo comenzó por el jodido hijo del capataz: Pitt, el cabrón de Pitt. Como éramos los únicos vaqueros de la misma edad nos hicimos amigos, o al menos eso creía yo porque desde el principio recelé de él.

No me asusta el trabajo y no me importa que sea duro, por eso congeniamos, porque a Pitt no le preocupaba que tuviéramos que pasar la noche a la intemperie si el ganado no aceleraba el paso, o levantarnos antes del alba si los lobos merodeaban a nuestro alrededor.

Hace un par de meses la cosa cambio.

Hacía frío porque soplaba viento del norte, y en el lentiscal no había una jodida roca que nos sirviera de abrigo. Fue Pitt quien tuvo la idea, quien dijo que compartiéramos el saco de dormir.

Al principio no me gustó. Me había jurado a mí mismo que no volvería a hacerlo con un tío, que se había acabado para siempre. Pero Pitt fue tan convincente, parecía tan poco interesado en nada que no fuera entrar en calor, que acepté que uniéramos los sacos y durmiéramos espalda contra espalda.

Me desperté cuando sentí el aliento cálido de Pitt en mi nuca, y su mano sobre mi cadera. Me quedé muy quieto, pensando que quizá era solo un movimiento involuntario provocado por el sueño, pero cuando la dureza rozó mis nalgas comprendí dos cosas: que Pitt se había bajado el

calzón y que había deslizado el mío aprovechando que dormía.

Esa noche follamos a oscuras y sin mediar palabras. Sus manos parecían querer poseer mi cuerpo y su boca succionarme el alma. En algún momento, llevado por el calor del sexo, me dijo que quería follarme desde el instante mismo en que me vio, y que la única razón por la que había aceptado ser mi compañero era para encontrar el momento oportuno.

Nos corrimos los dos a la vez, cada uno en la boca del otro, haciendo una figura que se parecía a un sesenta y nueve. Su lefa era ligera, casi dulce, más acuosa que densa, y dejaba un sabor amable en la boca.

Una vez saciados, recompusimos el saco de dormir, al que habíamos roto una de las cremalleras con el trote, y dormimos tan distanciados el uno del otro como si temiéramos tocarnos.

A la mañana siguiente ninguno de los dos dijo nada, como si jamás hubiera sucedido a pesar de que yo todavía tenía el sabor de su leche en mi boca, y volvimos al rancho con el ganado, hablando de las mismas cosas que antes de habernos comido la polla el uno al otro.

Si eso hubiera acabado ahí, yo seguiría trabajando, tendría una cabaña donde pasar las noches y un sueldo que me permitiría ahorrar para comprarme un caballo de rodeo, pero no.

Pitt y yo repetimos, y no una, muchas veces. En ocasiones era yo quien lo buscaba, aunque lo habitual era que viniera a mi cabaña con una excusa cualquiera, como pedir leña o recordarme la hora a la que debíamos abrevar los caballos, para terminar a brazos partidos en la cama, empapados de sudor y gimiendo por el placer que nos proporcionaban nuestros cuerpos abrazados… hasta que anoche nos pilló su padre.

Lo demás es historia. A su hijo le dio una mascada que le reventó un labio y a mí me dijo que si no desaparecía de su vista haría que nunca me encontraran.

Por eso me largué. Por eso estoy atravesando un desierto pedregoso en busca de alguien que se apiade de mí.

Doy el último trago de la cantimplora justo antes de flanquear las puertas del rancho con el que me acabo de topar. Hay varios tipos alrededor de un cercado donde parecen estar domando a un caballo. Yo estiro la cabeza y afianzo mi silla sobre el hombro, aunque debe de estar haciéndome una ampolla por lo que duele.

Camino hasta uno de ellos, el que me mira con las cejas fruncidas.

—Busco trabajo —atino a decir desafiante, como no puede ser de otra manera en estas circunstancias.

El tipo me analiza de arriba abajo. Debo presentar un aspecto lamentable: las botas desgastadas, los ajados vaqueros deslucidos, el ancho cinturón con hebilla en forma de cabeza de ganado, la camisa de cuadros manchada de sudor, un pañuelo al cuello que pretende enjugarlo, y el sombrero vaquero tan calado que apenas permite ver mis ojos.

No sé si queda satisfecho, pero señala con la barbilla una de las edificaciones del fondo.

—Pregunta por Lowen. Es el capataz.

Se lo agradezco con un movimiento de cabeza. Sé que en este mundo un hombre no debe sonreír, eso muestra debilidad.

—¿Puedo dejar aquí la silla?

Él tipo mira a los demás, que parecen tan duros como él mismo.

—Déjala. Si Lowen te hace pedazos nos la jugaremos a las cartas.

Su comentario levanta las risotadas de los demás, pero yo solo quiero quitarme ese peso de encima, y cuando la dejo en el suelo me doy cuenta de que ha sido una locura arrastrarla durante tantas millas a través del desierto.

Sin preocuparme demasiado por ella voy hasta donde me ha indicado. Estoy tan cansado que tengo que esforzarme para no andar tambaleante.

En cuanto entro me abofetea el olor del ganado y veo algunas vacas alineadas dentro de sus cubículos, mientras un par de hombres limpian el suelo de excrementos.

No tengo dudas de quién es Lowen en cuanto lo veo.

Está de pie delante de un caballo, ajustándole el pretal.

Es un tipo grande que debe sacarme una cuarta. Espalda ancha que se marca bajo una camisa blanca donde el sudor deja marcas en sus axilas, brazos poderosos, buen culo que se aprieta dentro del vaquero, así como sus muslos fuertes, acostumbrados a cabalgar.

Su sombrero cuelga de una pica de la pared, así que puedo ver su perfil de cabello color madera, su barba incipiente y unos ojos verdosos que arropan dos cejas que permanecen fruncidas.

Es un tipo guapo y rudo. ¿Treinta y pocos? En todo caso una década más que yo. Tengo que tragar saliva porque de él depende que pueda empezar a recomponerme.

Me acerco con cuidado, con mi sombrero en la mano en señal de respeto.

—Me han dicho que venga a verle.

Él no hace por girarse y ahora está cepillando el precioso caballo.

—¿Y quién eres tú?

—Aaron, señor.

Pasa el tiempo sin que diga nada, tanto que temo que no me ha oído. Voy a repetirme cuando su voz suena de nuevo.

—¿Y por qué tendrías que venir a verme?

—Busco trabajo, señor.

Me parece oír un gruñido.

—¿Qué sabes hacer?

No puedo perder la oportunidad.

—De todo —le contesto, dando un paso adelante para desandarlo de inmediato—. Tengo experiencia con caballos.

Él moja el cepillo en un cubo de agua y empieza a pasarlo por el flanco que tiene ante sí.

—Por ahora no necesitamos a nadie.

Se me escapa un gemido. ¿Dónde mierda iré si no me deja quedarme? ¿Qué dirección tomar? ¿Qué voy a hacer con mi vida?

Trago saliva y retuerzo mi sombrero entre las manos.

—Haré lo que sea.

Solo entonces se gira. Su mirada dura y verdosa se clava en mis ojos. Siento que me estremezco, pero en él nada cambia, impasible como una estatua.

—No te puedo pagar mucho.

Tiene una voz que me gusta, viril pero serena.

—No me importa. Tampoco le tengo miedo al trabajo.

Me observa de arriba abajo y escupe a un lado.

—¿Cuándo puedes empezar?

—Ahora mismo si quiere, señor —me precipito a contestar mientras mi corazón late fuerte en mi pecho.

Señala con la barbilla al otro lado del establo, donde los dos hombres están trabajando.

—Pues empieza a quitar mierda.

No lo dudo, busco un escobón de cerdas duras con las que amontonar los excrementos de

vaca, y empiezo a arrastrarlos por el suelo, eficiente, para que no dé marcha atrás.

Escucho por las pisadas de sus botas que se aproxima. Cuando me giro está muy cerca y mi nariz se llena de su olor a macho, lo que me provoca un estremecimiento entre las piernas.

—Estás deshidratado, muchacho —me dice, sin suavizar la mirada, observándome de arriba abajo—. Deja eso y date una ducha. Alguno de los chicos te enseñará tu cabaña.

—Gracias, señor.

—Y deja de llamarme así —dice de mal humor mientras se aleja—. Soy Lowen. Solo Lowen.

CAPÍTULO 2
Lowen

Los viernes por la noche me gustan por dos razones: porque puedo salir del rancho por unas horas y porque puedo ver a Lucy.

Ella es camarera en Rockland, el bar de carretera que se ubica a las afueras de Quinn River Crossing, a cuarenta minutos cabalgando y más de una hora por carretera, ya que ninguna va hasta allí en línea recta.

Salimos juntos desde hace un par de meses, aunque nos enrollamos de manera esporádica desde que yo llegué a estas tierras, de eso hace ya tres años. Con «salir» significa que solo practicamos sexo el uno con el otro, con nadie más.

Para ella es un compromiso firme porque trabaja en un bar por el que pasan todos los vaqueros salidos de los alrededores y Lucy es la única mujer. Para mí es más bien una seguridad de un día de sábanas calientes, pues es la única chica con la que podría toparme en muchas millas a la redonda, aunque la buscara.

Lucy es guapa, se sabe *sexy* y le gusta provocar.

Cuando accedo al bar una bofetada de calor y de olor a tabaco me hace arrugar la frente. En todo el estado, en todo el país está prohibido fumar en el interior, menos en Rockland, donde hasta se permite el consumo de marihuana.

Como todos los viernes por la noche el local está a reventar. Los hombres de los ranchos cercanos se reúnen aquí, el único sitio donde tomar una copa, escuchar música *country*, jugar al billar y dar un par de mascadas antes de que la borrachera les haga volver a casa tambaleantes sobre sus caballos.

El estruendo y el humo aportan a las paredes de madera cargadas de carteles y banderas un aire de garito que me gusta y me permite olvidarme de si tal o cual vaca tendrá problemas en el parto o si habrá agua suficiente en el embalse hasta que acabe el verano.

Un par de tipos me saludan, pero yo solo tengo ojos para Lucy. Está preciosa tras la barra, con una camisa vaquera desabotonada y atada bajo el pecho y su cabellera roja cubierta por un sombrero que fue mío antes de que me lo quitara.

Atiende aquí y allá. Le gasta una broma a un cliente y aparta la mano de otro que pretende sobrepasarse. Cuando me ve desde lejos su sonrisa, siempre dispuesta, luce en su boca carnosa hasta que la ahoga mordiéndose el labio inferior. Aquello provoca en mí unas ganas de besarla que intentaré cumplir antes o temprano y, si tengo suerte, mañana por la mañana, cuando se despierte entre mis brazos y hagamos otra vez el amor antes de regresar al rancho.

—Camisa nueva —me dice tras lanzar un silbido de admiración que provoca que el tío con el que hablaba me palmee la espalda.

—¿Está? —tiro de un pico—. Tiene más de seis años.

—Nunca te la he visto.

—¿Llevas un recuento de todo lo que me pongo?

Ella se apoya en la barra con los codos, lo que hace que se aproxime peligrosamente a mí, y que sus senos se junten para marcar un camino profundo y lleno de peligro entre ellos.

—Llevo el recuento de todo lo que te quito —me dice en voz baja—, para ser exactos.

Un escozor se me aloja en los huevos.

—Eso es muy *sexy*.

Me guiña un ojo y vuelve a ser la misma Lucy eficiente que es capaz de atender a dos clientes y amonestar a un tercero si intenta meter gresca.

—Y a mí me quedan cuatro horas tras esta barra —me devuelve a la realidad—, así que será mejor apaciguarnos. ¿Has visto a tus hombres?

Señala con la barbilla hacia el otro extremo, hacia la mesa de billar, mientras me sirve un whisky. Yo ni me molesto en mirar.

—Estoy con ellos todo el día.

—¿Y quién es el nuevo?

En esta ocasión sí me giro. Se refiere al muchacho, a Aaron, el pajarillo que llegó pidiendo trabajo y que parece haberse aclimatado bien al grupo.

Le clavo la mirada y lo analizo. Sin su ajado sombrero el cabello oscuro se ve crecido y desordenado. ¿Solo tiene esa camisa? Porque juraría que es la misma que llevaba el otro día. En este momento se dispone a golpear la bola sobre el *green*. Se vuelve y apunta. Mis ojos van a sus nalgas redondas, prietas bajo el pantalón vaquero, por lo que aparto la vista de inmediato.

—Apareció anteayer —le explico a Lucy—. Necesitaba trabajo.

—Es muy guapo.

Arrugo la frente y vuelvo a mirarlo. Ha metido la bola por lo que los demás lo están felicitando. En un momento dado nuestros ojos se cruzan y yo noto algo extraño, como un estremecimiento. Él se ha quedado muy serio y se ha humedecido los labios. aquello me molesta… me excita, pero me molesta. Hay algo dulce y suave en él que no me pasa desapercibido. Me vuelvo a Lucy, que sigue contemplándolo.

—Si no se espabila tendré que echarlo.

—No lo hagas. Tiene cara de ángel.

Hay varios clientes reclamando su atención, por lo que sé que debo apartarme de allí. Le guiño un ojo y me tomo la copa de un trago. Ella vuelve a llenármela.

—Intenta cerrar hoy un poco antes —le digo en voz baja.

—¿Tantas ganas arrastras?

—Ya lo verás cuando te pille.

Me encanta que se sonroje solo de imaginar lo que vamos a hacer en su cama cuando la tenga entre mis brazos. Me gusta tomármelo con calma, jugar, alargar los preliminares hasta que sea ella quien me suplique que la posea. Creo que por eso me ha elegido a mí entre todos estos: porque soy capaz de hacérselo como ningún otro.

Abandono la barra con el whisky entre los dedos y me dirijo al lugar donde están mis hombres porque estaría feo que pasara de ellos.

Evito mirar a Aaron y me coloco en el ángulo opuesto mientras los muchachos continúan con el juego. Tony tira y mete dos bolas. Matt cuela la blanca y sale del juego. Le toca a él.

Vuelve a mirarme antes de acceder a la mesa de juego. Hasta ahora ha permanecido a la sombra que proporciona la luz cenital, apoyado contra la pared. De reojo he visto que su espalda es más ancha de lo que recordaba y su cintura más ajustada. El vaquero de tiro bajo le sienta bien, y el ancho cinturón le marca la entrepierna sin disimularlo.

No entiendo muy bien por qué me interesa. Es uno más. Un tipo que pasará una temporada entre nosotros y volará en busca de nuevos mundos como los demás.

Cuando se acerca a la mesa la luz lo inunda, mientras mis hombres lo jalean. Al parecer va ganando y tiene buena mano para el billar. Me doy cuenta de que tiene la camisa

desabrochada por completo, lo que deja ver un pecho bien marcado y cubierto por un fino vello oscuro. También un vientre plano y velludo, donde el músculo inguinal resalta y se pierde dentro de la cinturilla del pantalón.

Aparto la mirada, pero no sin antes percatarme de que los ojos de Aaron han seguido a los míos, y de que una sonrisa extraña se ha dibujado en su boca antes de tirar.

Cuela la primera, mete dos en el segundo tiro y gana con el tercero.

Los chicos se deshacen en felicitaciones y Tony invita a una ronda. La mesa de juego va quedando libre y yo agradezco tener un instante de paz hasta que Lucy termine y nos podamos ir s su casa.

—Aún no te he dado las gracias.

Cuando miro hacia un lado veo a Aaron a un par de pasos de distancia. Está demasiado cerca, invadiendo mi espacio de seguridad, pero lo achaco a una costumbre de otras latitudes de donde posiblemente venga el muchacho. Doy un trago, pero no me muevo de donde estoy.

—¿Por el trabajo? —contesto sin mirarlo—. No hay de qué.

Se hace un silencio entre ambos, pero él no se aparta. Me llega su aroma, algo fresco con un toque floral que me eriza los vellos de la nuca. Al cabo de un tiempo él señala ala barra, donde el grupo bromea con mi chica.

—Son buena gente —me dice.

—No te confíes demasiado o te meterán en un problema.

—¿Es tu novia?

Lo miro. Tiene los ojos de un color ambarino y muy profundos, tanto que siento que se me seca la boca y tengo que apartar las pupilas de nuevo.

—Somos amigos —le contesto un tanto brusco.

—Supongo que aquí no es fácil… bueno, ya me entiendes.

El comentario me hace gracia. Es lo mismo que preguntan todos los que llegan de nuevos al rancho.

—¿Follar? —termino por él.

Se sonroja ligeramente y se muerde el labio inferior. Mis ojos van hacia la marca palpitante y rosada que han dejado sus dientes.

—Tú lo has dicho —me contesta con cierta timidez.

Por algún motivo noto que las ganas de Lucy se acrecientan. Si fuera posible saltaría esa barra, la tomaría entre mis brazos, y me la llevaría a su casa, a su dormitorio, donde apagaría estas ganas que me nacen de las entrañas. Me paso una mano por la boca antes de hablar.

—Algunos tiene mujer e hijos y se toman dos semanas cada dos meses, parece que eso les basta —le explico—. El resto… se satisfacen ellos mismos.

Él sonríe. Hay algo delicado en sus maneras a pesar de que se empeña en parecer un tipo duro.

—Eso parece un poco triste.

Lo analizo con la frente fruncida.

—A ti no debe serte difícil —me atrevo a decirle, a saltar un escalón en la intimidad que ni siquiera mantengo con los hombres que trabajan conmigo desde hace años.

—¿Eso crees? —le brillan los ojos.

—Lucy dice que eres guapo.

—¿Y tú qué has contestado?

Siento la garganta seca. ¿Qué estoy haciendo? ¿Estoy flirteando? El desierto puede hacer cosas extrañas con un hombre. Me incorporo y aprovecho para apartarme un par de pasos de él.

—No entiendo de tíos —contesto con acritud.

Aaron comprende y, con las manos en los bolsillos, se aparta también de mi lado.

—¿Vuelves esta noche al rancho? —me pregunta.

—Espero que no.

Entiende lo que he querido decir y baja la mirada hasta el entablado del suelo.

—Será mejor que me vaya —parece nervioso—. Mañana quiero aprender a ordeñar a aprovechando que estarán dormidos.

Va a marcharse cuando soy yo quien lo detiene.

—¿Has venido a caballo?

—Sí.

Lucy tiene razón. Es muy guapo.

—Deja que él te guíe, sabe de memoria el camino de regreso.

Me sonríe y de nuevo algo me atraviesa la espalda, como una corriente eléctrica que me desconcierta.

—Te veo mañana —me saluda con la mano, dirigiéndose a la salida.

—Nos vemos —le respondo intentando parecer indiferente mientras aparto la vista y me cruzo de brazos, porque algo me dice que lo que acaba de pasar no es solo una conversación entre el chico nuevo y su capataz.

CAPÍTULO 3
Aaron

Cuando al fin descabalgo, después de atravesar los páramos a la luz de la luna, la imagen de mi capataz sigue grabada a fuego en mi cabeza.

Es la primera vez que nos cruzamos desde el mismo día en que me dio la oportunidad de tener un trabajo. Entonces, cuando lo vi cepillar a su caballo favorito, me pareció un tipo atractivo, rudo y viril. Uno de esos que jamás repararían en mí.

Cuando hoy lo he visto entrar en el garito, vestido de limpio y oliendo a *after shave*, por un momento, solo por un momento, se me ha cortado la respiración y he pensado que hacía mucho que no veía a un tío que me gustara tanto.

Eso ha levantado todas mis alarmas porque no puedo permitirme cometer otro error, y menos con un tipo que tiene el poder de despedirme en sus manos. Pero cuando lo he visto vacilar con la camarera, sonreírle, susurrarle al oído, he llegado a la conclusión de que, por muy heterocurioso que pueda llegar a ser, jamás se fijaría en mí, y menos de una manera que implicara un lugar secreto y caricias proscritas.

Pero esta idea ha cambiado cuando se ha acercado a la mesa de billar, y la razón no es otra que sus miradas. Lo he pillado mirándome un par de veces de una manera que conozco bien: la misma conque Pitt solía observarme, o que Patrick, el amigo de mi padre, me miraba hace unos años. Una forma de verme que siempre me ha traído problemas. Muchas satisfacciones, sí, en la cama, pero que he pagado con una vida que tiene poco de honrosa y que cada vez me aparta más de los rodeos.

Aun así, aun sabiendo que no puedo acercarme a ese grandullón, he esperado paciente a que se quedara solo para asaltarlo, decirle cosas banales, mirarlo a los labios mientras hablaba e insinuarle que aquí se está muy solo y el calor de un cuerpo no admite de géneros.

Al menos estoy seguro de que me he retirado a tiempo. Si me llego a tomar un par de cervezas más… quién me dice que no le hubiera insinuado algo, que no hubiera aprovechado que fuera a mear para colarme detrás en los servicios y mirarle la polla con mal encarado disimulo.

El caballo boquea, tan cansado como yo, y lo llevo al establo para darle algo de forraje y un poco de paz. Mañana, temprano, lo cepillaré a conciencia y le daré un buen manguerazo para aliviarle el calor.

Entro en mi cabaña arrastrando las botas. Es poco más que dos por dos metros con un camastro, un inodoro y un lavabo, una de tantas construcciones de madera que se alinean en la parte trasera del edificio principal donde se aloja Lowen

Me deshago de la ropa a manotazos y solo me dejo los *slips*. Hace calor y sé que me voy a quedar dormido en cuanto cierre los ojos. Pero eso no sucede. Cuando mis párpados descienden la imagen de Lowen aparece en mi mente tan nítida que los abro de nuevo por si él estuviera allí, de pie, observándome desde la entrada.

Sonrío para mí, y vuelvo a cerrarlos. Lowen sigue allí, con la blanca camisa manchada de sudor en las axilas y el abultado paquete sobresaliendo del pantalón, pesado y turgente.

Trago saliva y una de mis manos se va hasta mi pezón. Los tengo reactivos, y solo con rozarlo tengo que morderme el labio inferior pues un ramalazo de placer me recorre el cuerpo.

¿Cómo serán los pezones de Lowen? Sé que su pecho fuerte es tan velludo como el mío y que hay alguna cana dispersa a pesar de su edad, como sucede con su cabello liso y ambarino. Me imagino unas areolas bien definidas y bordeadas, con un pezón rotundo, que se pone duro solo con rozarlo.

Se me escapa un gemido y mi mano desciende por el pecho hasta acariciar el vientre plano, el ombligo, y enmarañarse en la oscuridad de mi pubis.

Mientras Lowen esperaba junto a la mesa de billar a que los muchachos jugaran y yo permanecía escondido en las sombras, he estado observándole el paquete. Lo tiene abultado, y he creído ver la forma nudosa de su polla, de venas cebadas y glande grueso y bien delimitado marcado bajo la áspera tela del vaquero. ¿Es posible que no use ropa interior? Así lo creo, y me imagino cómo será excitarlo, conseguir que aquello adquiera parte de su dimensión y se marque aún más bajo el tejido. ¿Le llegará a un costado? ¿Quizá rozará, caliente y húmeda, la cintura?

Otro gemido de placer se me escapa de entre los labios y no tengo más remedio que bajarme el *slip* hasta encasquetármelo en los muslos.

Mi polla se cimbrea de inmediato y me golpea el vientre, dejándome un hilo muy fino de lefa que se estira cuando la agarro con la mano y empiezo a masturbarme.

Tengo un buen nabo, lo reconozco, aunque nada comparado por lo que he creído ver bajo los pantalones de Lowen.

El masaje me acelera la respiración y no tengo más remedio que amasarme los huevos con la otra mano, estirando el dedo corazón para rozar con él la abertura, indagando con cuidado, apretando, y colándome a veces para salir de nuevo.

Me imagino la polla de Lowen y a él aquí, de pie junto a mi cama, esperando a que yo haga algo.

Me imagino que me siento sobre el lecho, que le miro a esos ojos verdosos y calientes, y que, muy despacio me humedezco una mano y poso un dedo sobre la boca de ese nabo enorme que palpita ante mí.

Sospecho que con algo tan simple seguro que oscila en el aire, se levanta, y arrastra tras él ese aroma a polla que tanto me gusta, envolviéndome y excitándome aún más.

Estoy seguro de que si eso sucediera alguna vez no podría aguantar más y me la tragaría tan a fondo que mi garganta se ocuparía por completo y toda mi cavidad bucal, hasta sentir que me asfixio por un momento.

Con todo el sabor de su nabo en mis papilas gustativas, llegaría el momento de saborearla, de indagar en el borde nudoso de su glande con la punta de la lengua y en la ancha abertura por donde expulsará la cuajada densa y rica. Sospecho que recorreré la fisonomía de cada vena, con la lengua y con un dedo empapado y muy sensible, para grabarlo a fuego en mi memoria.

No se me quedarán atrás los huevos. Me gustan gordos, que pendan colgando de la piel, pesados y densos. Lowen debe tenerlos así, al menos eso he creído ver bajo la recia tela del pantalón. Me los metería en la boca, los dos, y jugaría con ellos mientras lo masturbo, con la mano ligeramente abierta porque soy incapaz de abarcar un nabo como ese.

Otro gemido me hace comprender que estoy muy cerca del orgasmo, que el pajote que me estoy dando va a llegar a su fin, por lo que imagino que Lowen se corre en mi boca, que su leche espesa y sabrosa me la llena por completo, abundante y caliente, como un queso batido. Imagino que mis labios son incapaces de contenerla, que se me derrama por la comisura, estampándose en goterones olorosos sobre el suelo, y que él me dice que me lo trague todo, que no deje nada, que si no lo hago no habrá más leche para mí.

Me corro con un grito que me sale del pecho, de los riñones, de los huevos.

El chorro me salpica la cara y tengo que cerrar los ojos para que no me escueza. Leche fluida, blanca y picante.

Es un orgasmo fabuloso, porque la imagen de Lowen a mi lado, dejándome que le coma la polla, es tan real, que parece que es cierta.

Con la tercera oleada de lefa acabo derrotado, hecho un trapo en la cama, con el corazón palpitante y las piernas abiertas sobre el colchón.

Alargo una mano y tomo una porción de mi semen con el dedo. Tengo que aligerarme porque se empeña en deslizarse para volver a mi piel. Me lo meto en la boca y lo paladeo.

No sé qué me pasa con la leche, pero me gusta su sabor y su textura. También su olor, ese que es diferente para cada hombre. ¿Cómo será la de Lowen? ¿Podré probarla alguna vez?

Decido darme una ducha y quitarme los pajaritos de la cabeza.

Cuanto más lejos me mantenga de mi capataz, antes podré ahorrar para comprarme un caballo, y antes empezaré con mi carrera de jinete de rodeo.

CAPÍTULO 4
Lowen

Apago el último cigarrillo del día contra el entarimado del porche. Hoy la luna está canalla y brilla rodeada de un círculo rojizo. Los viejos nativos de estas tierras dicen que cuando luce así es porque algo va a pasar.

Sonrío. Aquí nunca sucede nada que no sea el extravío del ganado o un ataque de lobos.

Es tarde y todos duermen en el rancho. Me gustan las noches en que me convierto en el único despierto, rodeado de esta tranquilidad y alumbrado por la luz de la luna, aunque vaticine desgracias.

Voy a darme la vuelta para entrar en la casa cuando por el rabillo del ojo veo un resplandor por debajo de la puerta cerrada del establo. Las cejas se me arrugan solas. ¿La habrán dejado encendida sin darse cuenta? Les tengo dicho que eso solivianta a las vacas y la leche se les agria en las ubres.

¡Demasiado serena estaba la noche! Intentando controlar el mal humor atravieso la explanada y abro la puerta del establo memorizando la perorata que les daré mañana a mis hombres para que no vuelvan a …

Lo veo de inmediato, a Aaron.

Está sentado sobre uno de los bancos pequeños e intenta ordeñar a una de las vacas. Cuando me ve aparecer se pone de pie tan deprisa que no solo su asiento se derrumba, sino que el cubo con la leche se derrama por el suelo y deja una gran mancha blanca. Me dirijo a él con más brusquedad de la que pretendo.

—Deberías estar durmiendo.

—Ya me iba.

Intenta tapar el estropicio con su propio cuerpo, pero yo ya he recorrido la distancia que nos separa y el mal humor no ha terminado de disiparse.

—¿Qué haces? —pregunto con la misma mala uva.

Él se sonroja y yo aparto la vista. Este chico tiene algo que llega a alterarme, pero no sé de qué se trata. Suspira y señala el estropicio.

—Intento aprender cómo se hace.

Así que está sacrificando horas de sueño para practicar algo que no es tan sencillo como se pudiera pensar. Noto que la mala leche se me va pasando.

—¿Los chicos no te han enseñado?

Él se pasa una mano por el cabello, incómodo.

—No he querido preguntarles.

Permanecemos unos instantes en silencio. La situación es extraña, pues solo nos ilumina una linterna que ha dejado en el suelo y crea formas raras contra la pared.

No lo veo desde la noche del bar, pero sé por alguno de los muchachos que se está esforzando y que trabaja duro. Hoy también lleva la camisa abierta, pero evito mirar su pecho, su vientre, no quiero que se confunda.

Se me escapa un suspiro y tomo el banquito caído para sentarme en él. La vaca se remueve, inquieta, pero le acaricio el lomo para que sepa que soy yo y que no debe preocuparse.

Recojo el cubo y lo coloco bajo la ubre.

—Presta atención —le digo a Aaron consiguiendo apartar la mirada de sus ojos ambarinos—. Yo te enseño.

Me froto las manos para calentarlas, aunque esta noche hace calor y en los establos más aún. Solo entonces toco la teta, primero despacio, para que se acostumbre, después con la palma abierta hasta que desciendo con ambas manos y cada una agarra un duro pezón. Los destilo con firmeza, pero también con suavidad, en una cadencia que debe ser siempre la misma, y que consigue que espesos chorros de rica leche impacten contra la superficie de zinc del cubo.

—¿Ves? Así —le digo—. Trae otro banco e inténtalo.

Él obedece sin rechistar. Busca dónde sentarse y se coloca a mi lado, demasiado cerca, tanto que nuestras piernas se rozan por completo y siento su calor a través del recio pantalón vaquero. Reconozco que se me seca la boca y me aparece una sensación incómoda en el estómago.

Me aparto para dejarlo hacer, y él se inclina para tomar los pezones. Al hacerlo se frotan nuestros costados y esa sensación cálida se intensifica. Él parece no estar dándose cuenta, y empieza a ordeñar de una manera muy eficiente. Los chorros blancos crean espuma cuando caen sobre la densa capa de sabrosa leche con un sonido que llena todo el establo.

—¿De esta forma?

Se vuelve para recibir mi conformidad. Tiene las mejillas encendidas y el cabello le cae sobre el rostro. Los labios entreabiertos, húmedos, rosados. Me parece ver aparecer su lengua por la comisura, algo veloz que humedece aún más aquel trozo de piel. Yo aparto la mirada, casi hipnotizado.

—Tienes que hacerlo más suave —le digo, y mi voz me suena rara—. Sujeta el pezón con fuerza, pero tira suave para extraer la leche.

Él lo hace a la perfección, y los chorros salen más densos, más sonoros, inundando el espacio del rico sabor de la leche fresca.

En un momento dado Aaron aparta una mano para enjugarse el sudor de la frente, y cuando termina, en vez de tomar otra vez el pezón de la vaca, esta se coloca sobre mi muslo, muy arriba, tanto que uno de sus dedos roza ligeramente la punta de mi polla sobre el pantalón.

Me levanto como si me hubieran marcado con un hierro candente, y el banco vuela lejos.

Él se queda muy quieto, lívido, y me mira con ojos angustiados.

—Lo-lo siento —musita, y traga saliva.

Yo sé que debo marcharme, que debo dejarle claro que no puede tener esas familiaridades conmigo, que no me van esos juegos de… pero no lo hago. Permanezco de pie, a su lado, con los brazos extendidos y separados del cuerpo.

—Inténtalo de nuevo —le digo con la boca seca y la voz rota a la vez que noto cómo el calor de los riñones me pasa a la entrepierna.

Él parece serenarse y vuelve al trabajo, aunque me mira un par de veces, directo a los ojos, y yo no puedo apartar la vista de sus labios.

—¿Así mejor? —me pregunta, inocente.

—Mucho mejor —consigo articular.

Esta vez no lo duda. Deja las ubres de la vaca y sin mirarme se vuelve hacia mí. Sigue sentado en el banquito y su cabeza, su boca, queda a la altura de… Sin prisas me coloca una mano en el paquete y la otra en la cintura, sobre el ancho cinturón. Yo no reacciono, no quiero reaccionar.

Cuando Aaron comprueba que esta vez no voy a quitarme de en medio, con dedos ágiles,

me desarma la hebilla. El silencio es total, solo roto por algún mugido de vaca y por el sonido metálico de mi cinturón. Después se lía con los botones de los vaqueros, que abre con pericia. Por último, se aparta, traga saliva, y mira el resultado de su trabajo con verdadera hambre.

Yo sigo su mirada. Los calzoncillos verdes están tan abultados que sé que me estoy empalmando. Ni me acordaba cuáles me había puesto hoy, pero parece que son de su gusto. Aaron se relame los labios y tira del pantalón hacia abajo. Este queda encasquetado en mis gemelos, sobre las botas, dejándome expuesto para él.

Se le escapa un gemido de excitación que a mí me enciende aún más. Es entonces cuando impacta con el rostro sobre el *slip*. Se frota, lo aspira con fuerza, gime contra mi nabo, contra la forma redonda de mis huevos encerrados bajo el algodón, y noto la humedad de su boca y la calidez de su aliento cuando empapa mi ropa interior para sacar todo el jugo posible antes del festín.

Para entonces ya me falta el aliento. Tengo la boca abierta y las venas marcadas en los brazos a causa de la excitación. Sus movimientos contra mi paquete me ponen a cien y necesito, quiero, que se deshaga del jodido calzoncillo y trabaje mi polla como le he visto hacerlo con las ubres de la vaca.

Parece que lee mis deseos, porque muy lentamente aparta la prenda, y mi carajo, surcado de gruesas venas, queda prendido en el aire, palpitante, aún no del todo lleno, pero tan grande como sé que ha debido de ver pocos.

A él vuelve a escapársele un gemido. Creo que no se lo esperaba. Me mira con los párpados inflamados de deseo, el mismo brillo que luce en los míos.

Cuando abre la boca y se acerca, cierro los ojos, y cuando el calor de su cavidad bucal acapara todo mi trasto, al completo, me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración y suelto el aire contenido en los pulmones con un largo gemido.

Así es como empieza a mamármela, despacio, con tanta saliva que esta cae desde su boca sobre la leche esparcida por el suelo, tocando con la lengua en zonas que me levanta el vello de la espalda y apretando lo justo con los labios, para después restablecer la presión y hacer que me muera de gusto.

Su mano apenas me abarca la polla, pero su boca se la traga sin problemas. Cuando la otra empieza a trabajarme los huevos, sé que me puedo ir de un momento a otro.

—No tan deprisa —gimo—. No quiero correrme todavía.

Pero creo que no me escucha, porque su fricción es tan deliciosa, la manera de encajársela hasta la garganta para sacarla por completo y volver a comérsela es tan excitante, que no puedo aguantar ni un segundo más y me corro entre sus labios.

La leche caliente me sale a borbotones. Soy de corridas abundantes y esta vez más que otras. Le lleno la boca de lefa, tanto que tose sin poder contenerla y traga la que puede.

En la tercera oleada le sujeto la cabeza para que le entre bien dentro, para que trague y no deje nada fuera.

Él no hace ascos, sino que parece disfrutar con aquello.

Cuando termino, cuando la jodida excitación da paso a la realidad, lo miro a los ojos, a sus preciosos ojos ambarinos y, a pesar de que tiene los labios manchados con mi semen, me pregunto qué mierda acabo de hacer.

CAPÍTULO 5
Aaron

Ha pasado una semana y aún me sabe la boca a la leche abundante y espesa de Lowen.

Juro que no sé cómo pasó y te prometo que no fue mi intención. Yo simplemente quería practicar con los ordeños porque antes o después me pondrán a hacerlos y no…

No, no sé cómo pasó, pero la soledad del establo, mi soledad, la proximidad de mi capataz, su olor a macho, su cabello revuelto, sus brazos fuertes, el calor de su piel cuando me senté a su lado… y no tuve más remedio que comerle la polla.

¡Y vaya polla! Creo que he soñado con ella cada una de las noches desde entonces. También he tenido pesadillas sobre lo que hubiera sucedido si Lowen no hubiera accedido a esa caricia robada: me habría echado de la misma manera que el padre de Pitt y ahora estaría buscando otro rancho o estaría comido por los buitres en la desolación del desierto.

Desde entonces, desde hace una semana, no veo a mi capataz. Aquella noche no hubo intercambio de palabras. Yo me tragué lo que él me dio y él se subió los pantalones y salió del establo sin decir una palabra. A la mañana siguiente aún dudaba si aquello había pasado o había sido otro sueño caliente, pero cuando me miré en el espejo para lavarme la cara descubrí una mancha de semen reseco en mi barbilla y cuando investigué entre mis dientes, localicé un vello púbico y rizado, de un color ámbar oscuro, que no podía ser de otro que de Lowen.

Esa misma mañana un grupo de trabajadores fuimos enviados a guiar el rebaño hasta el río, donde están los pastos más verdes, para que las vacas preñadas coman forraje suficiente y sus crías se formen grandes y fuertes.

Sí, una semana entera sin verlo, durmiendo bajo las estrellas y charlando con mis compañeros a la luz de la lumbre para después meterme en mi saco y pensar el Lowen y en que debo esquivarlo, convencer a mi cuerpo de que no lo deseo, y a mi alma de que un hombre así solo me puede llevar a la perdición.

Esta tarde, con el sol descendiendo tras las montañas, hemos regresado al rancho, cansados y polvorientos, y mientras los muchachos me invitan a que los acompañe a Rockland a tomar unas cervezas y echar unas partidas al billar, yo me excuso diciendo que estoy molido y necesito acostarme pronto.

No es verdad, por supuesto, pero no quiero encontrarme con Lowen, no quiero verlo vestido con una camisa limpia y con ese olor que desprende a macho y a suavizante. Por eso me he encerrado en mi cabaña, me he pegado una buena ducha, me he cambiado de ropa y me he tumbado en la cama a escuchar música y leer un viejo libro que he encontrado en la mesilla.

A las nueve me entra hambre y decido estirar las piernas. El personal tenemos acceso a la cocina de la casa fuera de las horas de ración, y yo solo necesito una manzana y una lata de cerveza.

Cuando paso cerca del establo escucho una risa fuerte, brillante, femenina. Me extraña, pues los dueños de la finca nunca están, y Lowen se encarga de todo, así que rodeo el edificio de madera con cierto sigilo, hasta llegar a la explanada delantera, donde está el cercado de doma de los caballos.

Me quedo paralizado en cuanto los veo. Lucy está allí, la camarera de Rockland, la chica

que Lowen se beneficia cada fin de semana, y monta a Jasper, el mejor caballo que hay en las cuadras. El corcel es nervioso, veloz, y con temperamento, por eso Lowen está en el centro del cercado, sujetando al animal con las largas bridas de trabajo, mientras el caballo galopa alrededor del cercado montado por Lucy, que parece la mujer más feliz del mundo.

Con la manzana en una mano y la cerveza en la otra me quedo inmóvil no sin antes fijarme en mi capataz. Hoy luce una camiseta negra que no le he visto antes y que marca sus poderosos brazos en la tela. Los vaqueros desgastados que tanto me gustan y las botas vaqueras como siempre. No lleva sombrero y su alborotado pelo marrón se mece con el viento. Parece relajado y contento, mirando, arrobado, a su chica.

Supongo que hoy será su día libre y ha decidido pasarlo con el hombre que quiere. Me entra cierto escozor en las palmas de las manos y sé que es la envidia. Sana, por supuesto, pero ella tiene algo que yo jamás poseeré, y en su caso ese tío vale lo que pesa.

Aprovechando que no me han visto me vuelvo despacio y emprendo la retirada. Sé que la imagen de Lowen no me va a salir de la cabeza esta noche y que tendré que cascármela pensando en él para poder dormir.

—¡Aaron! —me llama la misma voz femenina que no ha dejado de reír—. No te marches, te necesito.

Me vuelvo con las mejillas encendidas y miro a mi capataz.

Él se ha puesto serio y ha arrugado la frente, un gesto que ya he descubierto que encara cuando no está cómodo. Me observa a los ojos y aparta la mirada de inmediato.

—Pensaba acostarme —le digo desde donde estoy, sin moverme un solo centímetro—. La semana ha sido dura.

—Nada de eso —dice ella con voz pastosa—. Eres al único que no conozco, y eso es imperdonable.

—Deja que el chico se vaya —la intenta convencer Lowen, claramente incómodo con mi presencia—. Seguro que tiene otros planes.

Pero Lucy tira de las riendas, detiene el trote del caballo y salta a tierra para venir a continuación en mi búsqueda, tambaleante, femenina y preciosa, a tomarme del brazo y llevarme junto al cercado.

—Lowen no me ha contado mucho de ti.

Me doy cuenta de que ha tomado unas copas de más y descubro una botella de whisky medio vacía sobre un banco de madera. Lo miro a él. Parece tan sereno y sensato como siempre.

—Porque el capataz no sabe nada de mí.

Ella me toma del brazo. Está a punto de llevarme a tierra con ella, pero consigo sujetarla. Lowen ha recogido la brida y atado el caballo a uno de los posters. Al parecer le he fastidiado su noche de entretenimiento.

—¿Y qué hace un chico tan guapo como tú en un lugar así? —me pregunta Lucy con voz achispada.

Me sonrojo y me encojo de hombros, porque no puedo evitar dirigir la mirada a Lowen, a su indiferencia, a su incomodidad por mi maldita presencia.

—Ganarme la vida.

Ella me observa, intentando aparentar que es una experta en algo.

—Podrías trabajar de modelo, seguro.

—No creo —mis mejillas aún más encendidas.

—¿A que sí, Lowen?

Él suelta un bufido, pero me he dado cuenta de que ha tragado saliva.

—Deja el chico —insiste.

Lucy me guiña un ojo, como si fuéramos cómplices o los mejores amigos.

—No lo dice, pero sabe reconocer que eres muy guapo.

Aquello me desconcierta. Lo miro con la boca un tanto desencajada. Hasta este momento no me ha mostrado otra cosa que indiferencia, y lo de haberme permitido comérsela… cualquier hetero salido se la deja mamar, o al menos esa es mi experiencia.

—¿Por qué crees eso? —pregunto al aire, aunque va dirigida a él.

Lucy se contorsiona y de nuevo está a punto de caer.

—Lo vi mirarte en el bar. —Una risotada alcohólica—. A mí me ha mirado así alguna vez.

Lowen se ha calado el sombrero vaquero y viene hacia nosotros. Su forma de caminar es tan *sexy* como todo lo demás, y no puedo evitar fijarme en cómo se mueve su paquete, de una manera casi hipnótica. Toma a Lucy por la cintura e intenta hacerse cargo de ella. Es entonces cuando compruebo que está completamente sobrio.

—Creo que vamos a dejar de tomar copas —le dice, e intenta apartarla, pero ella se resiste asiéndose más a mi brazo.

—¿Tienes novia?

No puedo dejar de mirarlo a los ojos, pero él me esquiva.

—No —Contesto.

—¿Novio?

—¡Lucy! —se escandaliza Lowen, y a mí me entra un cosquilleo en los genitales que me sabe tan delicioso como incómodo.

Mi capataz parece enfadado. Si había planificado una noche de fiesta yo se la acabo de joder.

Como ve que ella no hace caso se aparta de nuevo, pero permanece a una distancia prudente.

—Se podría acostar con quien quisiera —le grita su novia refiriéndose a mí.

A estas alturas sé dos cosas: que sobro aquí, y que deseo a Lowen con todas mis ganas, así que me decido por la primera.

—Será mejor que me vaya.

Ella me aprieta fuerte el brazo.

—Vente a la cama con nosotros dos.

Su voz ha bajado de tono y sus ojos han buscado los míos. Me quedo muy quieto, sin saber muy bien cómo contestar. Lo miro a él. Lowen me observa, aunque apenas puedo verle la mirada bajo el ala del sombrero.

—¿Lo dices en serio? —consigo articular.

Ella se encoge de hombros.

—Nunca lo hemos probado —dice Lucy, de nuevo con la sonrisa alcohólica colgando de los labios—, pero sé que le gustas a Lowen y es insaciable. Tendrá para darnos a los dos.

Él se da la vuelta, enfadado, y empieza a alejarse.

—He de irme —insisto, y consigo desasirme del abrazo. Ella se tambalea.

—Estoy un poco mareada —gime, tocándose la frente.

Lowen se da la vuelta y de unas pocas zancadas viene hasta nosotros para sujetarla con fuerza. Su aroma me llega, el mismo con el que he soñado, el que olía mientras me tragaba, ansioso, su leche.

Lucy recupera el equilibrio y yo, sin decir nada, me doy la vuelta y emprendo el camino

de regreso a mi cabaña, tan confundido que empieza a dolerme la cabeza.

Desde lejos escucho su voz.

—Sujétate y no te caigas —le debe estar diciendo a ella, a asegurándola con la cerca— Ahora vengo.

Oigo sus pasos, pesados y ágiles, y escucho su voz muy cerca, detrás de mí.

—Muchacho —me llama.

Temo volverme. No quiero que vea la ofuscación en mis ojos, no quiero que piense que me lo quiero comer de nuevo, aunque sea verdad.

Cuando al fin me volteo mi rostro intenta demostrar una comprensión que no sostengo.

—A todos se nos va la cabeza con unas copas de más —sonrío y me sale algo que debe parecer extraño—, no te preocupes.

Él me mantiene la mirada. ¿Cómo pueden ser tan verdes unos ojos? ¿Cómo puede ser tan apetecible? Señala hacia atrás con el pulgar.

—Mañana se sentirá avergonzada.

—No pasa nada —le quito importancia.

De nuevo el silencio y esa mirada que ninguno de los dos parece capaz de apartar. Siento que mi polla palpita dentro de la bragueta y vuelvo a sonrojarme. Esta vez soy yo quien señala hacia mi cabaña y, sin decir nada, emprendo el camino hacia ella.

—¿Estás bien? —me detiene otra vez su voz.

Asiento, tan falso como una moneda de cobre.

—Muy bien.

—Solo quería decirte… —se quita el sombrero y se lo vuelve a poner—, lo del otro día… —se le escapa un resoplido—. Descansa.

Eso es todo.

Yo trago saliva y asiento.

—Nos vemos mañana —me despido.

Él no se mueve de donde está.

—Ten una buena noche —me dice.

Y yo acelero el paso porque si permanezco un solo minuto más a su lado, sé que me voy a lanzar a su boca.

CAPÍTULO 6
Lowen

Lucy se ha quedado dormida en cuanto le he conseguido quitar la ropa y he logrado meterla en la cama. Ella ha insistido en que teníamos que hacer «el amor como salvajes», pero acostarse con alguien que tiene unas copas de más en el cuerpo no es mi estilo, así que he logrado calmarla hasta que, abrazada a mí, la ha vencido el sueño.

No sé cuánto tiempo he permanecido en la cama con los ojos abiertos, como si mis párpados no fueran capaces de cerrarse, sin poder dejar de pensar en ese chaval.

La mamada del otro día no me sale de la cabeza, y no solo porque estoy convencido de que no debí darle pie, de que debí evitarlo, sino que su recuerdo hace que se me erice la piel y se me escape un gemido.

Estas tierras solitarias vuelven extraños a los hombres y quizá mi cuerpo está más escaso de placer de lo que imaginaba.

Salgo de la cama para intentar dejar de pensar.

La luz de la luna entra por la ventana, a la que me dirijo con un vaso de agua en la mano. Descorro la cortina por completo y me enfrento a la oscuridad de la noche. Estoy tan desnudo como me he acostado. Detesto dormir con ropa. Lucy También.

Fuera todo es apacible: la tranquilidad del rancho cuando todos duermen y del cielo estrellado cuando la luna está menguante.

Cuando paseo la vista por el horizonte me doy cuenta de que una de las cabañas de los trabajadores tiene la luz encendida. Las cuento una a una, empezando por la esquina. Es la siete, la de Aaron.

Tengo que tomar un trago de agua porque noto la garganta seca. ¿Qué estará haciendo? Quizá tenga puesta la radio, o esté viendo vídeos en el teléfono móvil. O puede que esté…

¿Pensando en mí? ¿Habrá tenido alguna trascendencia para él lo que hicimos en el establo? ¿O soy solo un tío más al que le come la polla, quizá para medrar en el trabajo?

De nuevo siento esa sensación de hormigas que trepan por mi piel.

Miro hacia la cama, Lucy duerme apaciblemente con la cabeza vuelta hacia el otro lado y su hermosa cabellera desparramada por la almohada. Mañana tendrá dolor de cabeza, pero ese Rubicón lo cruzaremos cuando se despierte

Coloco mi mano sobre mi pecho y la deslizo hacia abajo. Mi piel responde de inmediato, sedienta de placer. Me muerdo el labio inferior. Mataría por un cigarrillo a pesar de que hace seis años que no fumo.

Cuando mis dedos recorren la profunda línea que separa mis abdominales miro hacia abajo y me miro la polla, que palpita lentamente mientras se va llenando de sangre, mientras va tomando volumen y las venas, que de por sí se marcan bajo la fina piel, empiezan a acordonarse firmes como maromas.

Vuelvo a la vista la cama para comprobar que Lucy sigue dormida. Después me empapo bien un dedo con saliva mientras con la otra mano deslizo la escasa piel del prepucio para dejar la boca del glande bien expuesta. Impacto allí con la falange empapada, y trazo un círculo muy despacio, sin apenas tocarme la polla, dejando que responda mientras disfruto de los regueros de

placer que des de ese punto se reparten por mi piel.

Me gusta masturbarme. Para los hombres solitarios una paja es una buena compañera de las frías noches en silencio.

Es entonces cuando pienso en Aaron y me invento la fantasía de que él, dentro de aquella cabaña, está haciendo lo mismo, tocándose y pensando en mí.

Se me escapa un gemido que acallo al instante y sigo empapando con saliva, primero la amplia superficie de la cabeza, después el borde robusto, que es tan sensible que me provoca un estremecimiento de placer.

En ese momento ya no puedo más y me acaricio los huevos, imaginando que Aaron está tumbado en la cama, desnudo, y hace lo mismo con las piernas abiertas, tanto que desde la cabecera de la cama puedo ver la línea oscura entre los glúteos, y cuando las abre aún más, el agujero delicioso y muy apretado que da paso a su interior.

De nuevo gimo y siento mis bolas deslizarse entre mis dedos, pesadas, densas, cargadas de leche cálida, como sé que le gustan porque las disfrutó mientras me la mamaba.

Arqueo la espalda y levanto la cabeza con los ojos cerrados. Si Aaron estuviera aquí estaría de rodillas, con la boca alrededor de esta polla ansiosa que necesita que él la ordeñe.

Me la agarro con la derecha mientras con la izquierda sigo masajeándome los cojones. El placer asciende en grados y mi nabo en tamaño. A pesar de tener una mano grande apenas puedo abarcarla y tengo que tirar de juego de muñeca para hacerme una buena paja desde la base hasta la cabeza, apretando lo justo, sintiendo el tronco nudoso bajo mis dedos y la ligera humedad del *precum* que empieza a lubricarla.

Más saliva y más ganas.

Pienso en cómo se masturbaría Aaron. Quizá se la coja con ambas manos, una encima de la otra, y vaya muy despacio, destilando todo el placer posible, ordeñándose poco a poco.

Lo hago así y el gozo se redobla, sobre todo cuando me lo imagino con los ojos cerrados y los jugosos labios entreabiertos, como si necesitaran desveladamente ser besados.

En mi imaginación me como esa boca, muy despacio, jugando con la lengua, con la humedad que destila y con los gemidos ininterrumpidos que intercambiamos los dos, como si solo existieran nuestras bocas.

El orgasmo parece que me sale de los riñones, Tengo que taparme la boca para no lanzar un gemido que despierte a Lucy, y los chorros de leche impactan contra el cristal de la ventana en dos, tres, cuatro ráfagas de semen abundante y caliente, denso y muy blanco, que se quedan pegados y resbalan muy lentamente en grandes goterones.

Tras el orgasmo la calma es total, y de nuevo intento que los esfuerzos para recobrar la respiración no solivianten a mi chica.

Solo necesito ir al baño a por una toalla para empapar todo esto. Ahora sí estoy seguro de que podré dormir.

Cuando alzo la vista para mirar al exterior veo una sombra oscura, recortada contra el cristal de la cabaña de Aaron.

Es él, y está tan desnudo como yo.

Me aparto de inmediato.

¿Me habrá visto? Trago saliva y corro la cortina, a pesar de que puede mancharse con mi semen. Y cuando me meto en la cama me doy cuenta de que esto se me está yendo de las manos.

CAPÍTULO 7
Aaron

No he podido dormir.

Ayer vi a Lowen… ¡Joder, era él y no una fantasía que ha creado mi mente calenturienta! Lo vi asomado a la ventana, desnudo, primero acariciándose y después haciéndose una paja que terminó con el emborronado de los cristales cuando su leche impactó sobre ellos.

Hay una buena distancia de mi cabaña a la casa principal, lo sé, pero también hacía una noche especialmente clara y, aunque mi mente se empeñe en decirme que era solo una sombra, el movimiento de una cortina quizá impulsado por el viento, estoy seguro de que era él, mi capataz, y de que se apartó cuando me descubrió mirándolo desde el otro lado de la explanada.

Hoy he tenido un pequeño accidente. Uno de los soportes del cercado resbaló mientras lo apuntalábamos y, al intentar sujetarlo, ha caído sobre mi mano izquierda, aplastándola.

El dolor ha sido de cojones, pero le he quitado importancia a pesar de que me ha hecho una herida en el pulgar y muy posiblemente vaya perder la uña. He insistido en que no era nada y que continuáramos con el trabajo, pero Tony ha sido tajante.

—Vas a ir a la casa grande, a que Lowen te cure esa herida.

Me he sentido incómodo de inmediato. De nuevo nos hemos evitado y llevo tres días sin verlo y sin asomarme a la ventana de mi cabaña por si…

—Se va a reír de mí cuando aparezca con esta mierda de herida —he intentado hacerme el fuerte y el gracioso, pero Tony no me ha seguido el juego.

—Lo que se va es a cabrear si no lo haces. Se toma muy en serio la seguridad de esta explotación.

Incómodo, malhumorado, no he tenido más remedio que hacerle caso y me he dirigido a la casa principal con muy malos presentimientos rondándome la cabeza.

Solo sé una cosa: que debo evitarlo. Aunque me he repetido una y mil veces que no quiero nada con él, que solo necesito trabajar, ahorrar dinero y largarme, la única vez que hemos estado solos le he comido la polla y lo peor de todo… se ha dejado.

Cuando llego ante la puerta miro hacia detrás. ¿Y si me curo yo mismo? ¿Y si me la desinfecto como pueda y me pongo una venda sin más? Pero sé que Tony preguntará, y que llegará a oídos del capataz, y entonces todos se cabrearán conmigo.

Llamo y espero. Voy a largarme cuando la puerta se abre y la figura imponente de Lowen aparece en el hueco. Lleva la camisa desabotonada, como si se estuviera vistiendo, y no lleva las botas, solo unos calcetines oscuros.

Me mira desde la puerta con las cejas fruncidas, pero no dice nada, como si se estuviera preguntando qué coño hago aquí.

—Un accidente —levanto el dedo y le muestro la masacre.

Su rostro cambia de inmediato de una expresión cautelosa a una preocupado.

—Pasa —se aparta—, eso hay que curarlo.

Es la primera vez que accedo a la casa más allá de la cocina.

El salón es acogedor, con pieles repartidas por el suelo y algunos tapices navajos en las paredes. Hay una chimenea que está apagada y un cómodo sofá delante de ella. Él lo señala con

la barbilla y desaparece camino de las habitaciones interiores.

Me seco la mano sana en el pantalón y le obedezco. Parece que las cosas están saliendo bien. Solo necesito que me limpie la herida y me largaré a seguir con mis tareas.

—¿Cómo ha sido? —escucho su voz, y cuando lo miro está a mi lado, de pie, de manera que lo que queda a la altura de mis ojos, de mi boca, es su prodigioso paquete que con ese pantalón parece que pesa hacia un lado. Trago saliva y aparto la vista de inmediato.

—No he tenido cuidado.

Él se pone en cuclillas frente a mí. Su olor, como otras veces, me inunda. Huele a macho, a hombre, un olor que puede ser demasiado intenso para algunos pero que para mí es el más excitante del mundo.

—Dame la mano —me la tiende mirándome a los ojos, yo trago saliva y obedezco.

Cuando me la toma, me doy cuenta del tamaño de la suya, y una corriente eléctrica me recorre la espalda.

Lowen toma con cuidado un trozo de gasa que empapa en desinfectante y la pasa por mi dedo con una delicadeza que le creía imposible. Mientras tanto yo me siento incapaz de apartar los ojos de sus dedos, gruesos, gordos, tan firmes como decididos, y donde una vena gruesa lo recorre, sinuosa, recordándome una parte de él que he tenido en mi boca y no sale de mi cabeza.

—¿Te hago daño? —Su voz suena cálida, y me lanza una mirada desde abajo que me pone los vellos de punta.

—Lo haces muy bien —consigo decir.

Él me tiene tomado por la muñeca, con el dedo índice extendido para soportarla, y tengo la impresión de que lo mueve ligeramente, como si su yema trazara círculos sobre mi piel, acariciándome.

Lo miro a los ojos, a los que él parece tener puestos en mi herida mientras la envuelve en una gasa limpia, intentando adivinar si ha sido solo un espejismo, pero parece tan concentrado, tan ajeno a mí, que lo dudo por un instante y pienso que me estoy volviendo loco, y que tampoco lo vi desnudo la otra noche en la ventana.

—Pues listo —dice cuando termina, pero ni se incorpora ni me suelta la mano.

Yo contengo la respiración y sin darme cuenta me humedezco los labios. Observo cómo sus ojos van hacia allí, cómo se quedan mirándolos. Como abre la boca, lo justo para tomar aire, y cómo su garganta sube y baja cuando traga saliva. Cuando nuestras pupilas vuelven a impactar, el juego está sobre el tapete.

Es Lowen quien tira de mí, de esa mano que aún tiene sujeta, y quien busca mi boca tras soltar un gemido que explica las ganas que me tiene.

El beso es tan salvaje, la forma en que me come los labios tan hambrienta, que me duele, pero a la vez me despierta una sensación desconocida en el estómago y muy placentera.

La mano fuerte que aún permanece libre se aferra a mi nuca para inmovilizarme mientras me devora, me chupa la lengua, gime contra mi boca y me besa con tanta humedad que creo que puedo asfixiarme.

Reconozco que me contengo en un principio porque pienso que se va a arrepentir, que va a decir que no sabe qué le ha pasado, que echa de menos a su novia o que he sido yo quien lo ha provocado. Pero eso no sucede y yo no tengo más remedio que seguirle el juego, que intentar besarlo con la misma pasión mientras pierdo mis manos en su pecho velludo, busco sus pezones y los acaricio, sintiendo cómo reaccionan, cómo endurecen y le levantan gemidos de placer contra mis labios.

Entregados el uno al otro él deja caer su peso sobre mí y rodamos hacia el sofá. Caigo de

espaldas y él no tarda en colocarse encima de mí. Los besos prosiguen, pero esta vez mi atención está centrada en cada una de las partes de mi cuerpo que están en contacto con las suyas.

Reparo en su pecho fuerte y robusto y cómo cada respiración entrecortada provoca que me acaricie. Me detengo en cómo su vientre se ciñe al mío, lo busca, se aprieta para acabar rozándose de una forma deliciosa. Pero sobre todo me concentro en su gran bulto, en su polla rica, que noto en toda su extensión encajada en mi ingle, friccionando poco a poco, lentamente, buscando la mejor manera de que le proporcione placer.

Excitado como nunca le arranco la camisa y le acaricio la espalda, fuerte, de músculos marcados, tan cálida como todo lo demás. Mientras, él trastea con los botones de la mía hasta sacármela a manotazos.

Con los torsos desnudos, piel contra piel, el placer se duplica, así como nuestras contorsiones para abarcar todo el tacto posible, todo el gozo que cada uno podamos destilar.

Mis botas salen disparadas en un contorsionismo que ni yo mismo consigo entender. Y logro meter las manos entre ambos para desabrocharme el pantalón y rozarle el nabo, totalmente duro, que le provoca un gemido sobre mis labios.

Él me imita, y no solo se desata el cinturón, sino que consigue deshacerse del pantalón y de unos bóxer anticuados y viejos que me provocan cierta ternura dentro de la ola de deseo.

Cuando lo veo desnudo se me corta la respiración. Su cuerpo es perfecto, cada centímetro de su piel es una oda al deseo. Con los ojos de par en par, intentando no olvidar al tipo que tengo entre las piernas, me quito la ropa que me queda y me ofrezco al él de la misma manera.

Lowen me recorre la piel con una larga mirada y allí donde la posa me provoca un escalofrío.

Volvemos a la carga, más besos, aunque ahora que no hay nada entre nosotros, el roce es aún más delicioso, y siento la humedad de una pizca de semen que ha debido escapársele del nabo y que me humedece la cintura.

Cuando detiene sus besos para empaparse con la lengua la punta de los dedos sé lo que pretende y me estremezco.

Vuelve a besarme, pero su mano aparta mis nalgas y aquellos dedos gordos y densos buscan mi apertura para lubricarla. Me empapa lentamente, con círculos concéntricos que van aumentando la presión hasta que uno de ellos logra colarse. Se me escapa un gemido de placer y él sonríe contra mis labios.

Es la señal, así que se aparta, afianza las rodillas sobre el mullido cojín del sofá y me toma una pierna para colocársela sobre un hombro a la vez que hace lo mismo con la otra.

Por un momento pienso que me va a doler. Lowen tiene un carajo como pocos, pero cuando me penetra lo hace con tal maestría, midiendo por mi rostro lo que siento, notando con su piel lo que me provoca, que cuando al fin está dentro en su totalidad, cuando al fin nuestros huevos se rozan, se me escapa un gemido de placer tal que creo que lo han debido de escuchar hasta en las cuadras.

Él sonríe y empieza a cabalgarme. El placer es enorme, desconocido, como si me abrasara desde lo riñones y me hiciera perder la cabeza. Me folla a fondo, sin dejar de besarme, de frente, con un movimiento de cadera que parece hipnótico, a diferentes ritmos según lee en mis estremecimientos que necesito un poco más o un poco menos.

Cuando me voy a correr sin ni siquiera tocarme él acelera y lo hacemos los dos a la vez: Yo salpicando su vientre, el dentro de mí.

Las oleadas de leche se suceden, me llenan, me inunda, y con ellas el placer recorre despacio cada centímetro de mi ser, descongestionando, llevándome a un lugar maravilloso y

desconocido, hasta que con el último estertor él termina de correrse dentro de mí y cae pesadamente sobre mi pecho.

CAPÍTULO 8
Lowen

Estoy convencido de que es a causa de la soledad. He oído en las viejas conversaciones en el campo, alrededor de una lumbre, mientras se vigila al rebaño que pastorea lejos de los ranchos, hablar de cosas parecidas. De viejos vaqueros solitarios que se desahogan con otros compañeros para calmar su sed, de tipos duros como el cuero curtido que son capaces de llorar por la caricia de un muchacho. Sí, es a causa de la soledad, no me caben dudas.

Creo que eso es lo que me sucede con el chico, con Aaron, que el aislamiento de estos páramos me ha encendido y él se ha convertido en el objeto de mi deseo.

Ayer no lo dejé marchar. Una vez terminamos de correrno sobre el sofá le dije que me acompañara a mi habitación porque quería más. Fuera anochecía y los chicos se habían retirado a sus cabañas.

Hicimos el amor sobre esta cama, follamos, más bien. Me lo comí despacio, y despacio se la clavé, yo tumbado y él a horcajadas sobre mis caderas. No dejó esta vez que me corriera en su interior, sino que, cuando llegó la hora, descabalgó y me hizo una mamada como aquella, para tragarse toda la leche que aún me quedaba almacenada. Gota a gota, glotón, sin desperdiciar nada.

Después de eso quiso marcharse, pero le pedí que se quedara.

Me miró extrañado, pero yo no quise darle ningún argumento. La casa está abierta a la explanada de las cabañas y si lo ven salir de aquí de madrugada… los muchachos hablan y he de mantener mi autoridad.

En estos momentos el chico sigue durmiendo, abrazado a mí, muy pegado a mi cuerpo y con una expresión deliciosa en el rostro. Es guapo, como dijo Lucy, y tiene una forma de desvanecerse entre los brazos cuando follamos que me provoca una excitación increíble.

Pero hasta aquí hemos llegado. He de acabar con esta locura. Intento zafarme, pero él se despierta.

—Me he quedado dormido —me dice y se despereza, rozándose aún más contra mí, extendiendo una mano y acariciando mi nabo adormecido, pero ya jugoso. De nuevo lo deseo. ¿Cómo es posible si no debe quedarme una gota de lefa en el cuerpo?

La sonrisa me sale un poco crispada.

—No pasa nada. —Salgo de la cama desnudo y recuerdo que dejamos la ropa tirada abajo —, pero es mejor que te marches.

Él detiene su bostezo y me mira.

—¿Va todo bien entre nosotros?

De nuevo mi boca hace un gesto que no me hace sentir orgulloso y que puede significar cualquier cosa.

—No hay un nosotros.

Él parpadea, sin entender nada.

—Quiero decir… no fui yo quien empezó.

Lo último que me apetece es una pelea de amantes ocasionales. Necesito tomarme un café cargado, darme una ducha larga y fría y salir a montar hasta las praderas para ver si el

ganado ha pasado buena noche.

—No he dicho nada —le aclaro, con las manos en jarra frente a él, dándole a entender que tiene que irse.

Aaron, al fin, sale de la cama. Está desnudo y guapo a rabiar, con el cabello sobre la cara y los labios hinchados de todo lo que ha mamado esta noche.

—Verás —me dice, enfadado y señalándome con el dedo—, llevo evitando esto desde el día que llegué.

Mis cejas se fruncen solas.

—¿Insinúas que te he acosado? —le reto, porque no ha sido así.

Él retrocede, alzando una mano conciliadora.

—Digo que no quiero enrollarme con nadie, ni contigo ni con ningún otro.

Me cruzo de brazos. Estoy enfadado y no sé por qué.

—No me ha dado esa impresión —hasta yo mismo noto el cinismo de mi voz.

Él me mira con una ceja alzada desde el otro lado de la cama.

—¿Lo dices por lo del establo?

—Anoche pudiste negarte.

Veo cómo aprieta los nudillos y cómo su rostro se congestiona. Viene hacia mí, decidido. Por un momento creo que me va a golpear, si es que puede porque soy más rápido que él. Y más fuerte. Pero se detiene frente a mí, unas pocas pulgadas, tan cerca que noto cómo mi gorda polla roza la suya un instante hasta que él se aparta.

—¿Cuáles son las normas? —me reta.

—¿Qué normas?

—Entre tú y yo —su dedo furioso horada mi pecho y después el suyo—. ¿He de dejarme hacer cada vez que estés caliente y quieras follar? ¿Puedo tomar la iniciativa y hacerte una mamada cuando quiera beberme tu lefa? ¿O acaso vamos a hacer como que esto no ha pasado y nunca volveremos a hablar de ello?

Yo le mantengo la mirada y adelanto la cabeza para rozar frente contra frente, retador.

—Eres muy chulo, ¿lo sabes?

—Y tú un cabrón.

Nuestros ojos están clavados unos en otros, desafiantes y fieros, salvajes.

—Te puedo partir la cara —esta vez soy yo quien le empuja con el dedo.

Él me arremete con el hombro.

—Ya me has partido el culo.

Y no tengo más remedio que hacerlo, follármelo, porque volvemos a besarnos como locos, y terminamos en la cama a besos partidos, y todo eso antes de tomarme el café.

CAPÍTULO 9
Aaron

Las dos últimas semanas han pasado deprisa y cada uno de sus días me he encontrado a Lowen.

Algunas noches ha sido en su cama; otras en la mía, donde se ha colado saltando por la ventana de atrás; a veces lo hemos hecho en los establos, en unos minutos libres que hemos robado ambos al trabajo; también en el coche, estacionándolo a mitad de un camino solitario donde nadie nos vea.

Fuera de estos momentos donde no termino de cansarme de su lefa espesa y caliente y donde nuestra intimidad llega a límites que nunca he sentido con ningún otro hombre, nos tratamos como dos desconocidos.

Si nos cruzamos en el rancho delante de algún trabajador nos saludamos con un movimiento seco de cabeza, lo mismo que si coincidimos en la comida, él sentado a un extremo de la mesa y yo en otro. Como si unas horas antes no hubiera estado dentro de mí, hasta los huevos, y no me hubiera inundado de leche.

Los fines de semana se ha largado a Rockland, a ver a su chica. Ni me lo ha consultado ni yo le he puesto pegas. Somos dos tíos solitarios que se consuelan mutuamente y sin más exigencia que el placer entre uno y otro. Creo que ambos lo tenemos claro. Creo que así es lo mejor.

Lo único que me ha pedido ha sido discreción. No ha hecho falta argumentar una razón de peso para ello ni yo se la he preguntado. Sé que no quiere que los demás lo sepan, lo que sea que sucede entre nosotros, y a mí me viene bien pasar desapercibido.

Esos fines de semana donde acude a meterse entre las sábanas de Lucy lo echo de menos y no sería sincero si ocultase que camino por el rancho de pésimo humor. Me niego a pensar que sean celos. Eso implicaría que me estoy colgando de ese tío, de mi capataz, del que tiene la potestad de que siga trabajando en este rancho, un tipo con novia cuyos planes de futuro desconozco pero que en ningún caso contienen seguir follándose por tiempo indefinido a uno de sus trabajadores…

¡Joder! Vaya perorata. Se me va la cabeza cuando no está, como sucede hoy.

Lowen ha ido a los campos a separar las reses que se venderán este año y yo me he quedado aquí, con algunos hombres, limpiando establos y acarreando remolques de forraje para el invierno.

—¿Aaron?

Miro hacia atrás, hacia el lugar de donde proviene la voz, y veo a Pitt acercándose hacia mí con la frente fruncida por la sorpresa y los pulgares encasquetados dentro de su ancho cinturón vaquero.

—Vaya… —se me escapa, pues es la última persona a la que me apetece ver.

Atraviesa el establo, que en este momento está solitario, y se detiene muy cerca de mí, demasiado, como si entre él y yo aún hubiera intimidad.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, recorriendo mi cuerpo con su mirada.

Yo sigo trabajando después de la sorpresa inicial, apartando estiércol con la pala para amontonarlo junto a la puerta de donde lo retiraremos más tarde.

—¿Qué crees? —le respondo, apartándome de él.

Pitt es un tipo guapo y lo sabe, aunque también es un cabrón, y un cobarde.

Mira alrededor para asegurarse de que estamos solos, y después vuelve a acercárseme, buscando con sus ojos mi mirada. Baja la voz y la dulcifica.

—He estado preocupado por ti.

—¿En serio? —le pregunto lleno de sorna—No me pareció que vinieras a ayudarme cuando tu padre me puso de patitas en la calle.

—No puedo enfrentarme a él, lo sabes.

Se me escapa un bufido por la nariz.

—Y ti lo sabías antes de que empezaras a buscarme.

No contesta. No le interesa.

No tengo ni idea de qué hace aquí, aunque la mayoría de los ranchos de la zona tienen tratos entre ellos. Supongo que su padre lo habrá mandado para algo así.

No se mueve de donde está, saca un cigarrillo y lo enciende, para echarme el humo en la cara. Yo no entro al trapo y continúo con la pala.

—Así que trabajas para Lowen —comenta, apoyándose en el marco de la puerta y recolocándose el paquete más despacio de lo que es necesario.

—Trabajo aquí, nada más —evito mirarlo.

Él da otra larga calada y esta vez se entretiene en trazar círculos de humo en el aire.

—¿Tus compañeros saben que…?

Lo miro con ojos que podrían convertirlo en piedra, pero que no le causan ningún daño.

—¿Que te partí el culo un par de veces? —he alzado la voz al decirlo, tanto que Pitt vuelve a mirar alrededor y tira el cigarrillo al suelo.

—¿Me estás amenazando?

—Solo quiero que me olvides, que me dejes en paz.

Suelta un bufido y se recoloca el sombrero.

—Tío, hagamos las paces —me dice, conciliador—. Vengo de vez en cuando, solo quiero que nos lo pasemos bien.

Así que es eso: me ha encontrado y acaba de descubrir que puede seguir metiéndola cuando le venga en ganas, corriéndose en mi boca y desahogándose conmigo, como si fuera un trasto.

Me planto ante él, sin vacilar.

—No pienso volver a follar contigo, Pitt.

Él me mantiene la mirada. No le tengo miedo, nunca se lo he tenido, solo me da lástima.

Al ver que no cedo, se acerca tanto que nuestros paquetes quedan a muy pocas pulgadas de distancia el uno del otro.

—Así que te estás follando a alguien.

Lo empujo, pero solo para que comprenda que va por mal camino.

—Vete a la mierda.

—Te conozco, Aaron —sonríe, parece que viene con ganas de gresca—. Eres demasiado caliente como para estar rodeado de tíos y no haberte comido ya una buena polla.

Levanto un puño, amenazante.

—Si no te vas tendré que echarte.

—¿Se la están mamando a Tony? ¿Quizá a Larry? Dicen que tiene un pollón, como a ti te gustan. ¿Qué dirá Lowen cuando se entere?

No me lo pienso, y mi puño impacta sobre su mentón. Pitt cae al asuelo sobre el montón

de estiércol. Creo que no le ha dolido tanto la mascada como la ofensa a su orgullo y su dignidad.

Se pone de pie tambaleante. El pantalón lo tiene lleno de mierda. Evito sonreír para no echar más sal a la herida, pero es loque me apetece hacer.

—Te arrepentirás de esto —me amenaza entre dientes mientras intenta adecentarse.

—Recuerda que lo que tú puedas decir de mi lo puedo decir yo de ti —le advierto.

Él sonríe. ¿Cómo pude llegar a creer que ese tío y yo…? La cabeza a veces se me va, tengo que reconocerlo.

—Hay una diferencia —me dice, señalándome con cuidado—, a ti no te creerán, pero a mí sí.

—Lárgate —alzó de nuevo el puño.

Él se sacude las perneras del pantalón y se dirige otra vez hacia la puerta del establo.

—Dile a Lowen que mi padre se queda con la partida de reses que le ofreció —se toca el ala del sombrero—. Nos vemos pronto.

—Lo dudo.

Antes de salir se humedece los labios y me mira de arriba abajo, muy despacio, con tanta lascivia que un escalofrío desagradable me recorre la espalda.

—Piensa en mi propuesta —me dice—. Solo necesito que follemos de vez en cuando. Te ahorrarás muchos quebraderos de cabeza.

Y se larga, dejándome con una desazón que me impide pensar con claridad.

CAPÍTULO 10
Lowen

Lucy y yo hemos discutido. Como siempre me ha pedido que me quede a pasar la noche con ella y, por primera vez desde que nos vemos, le he dicho que no. Se ha extrañado pues daba por hecho que amaneceríamos juntos y haríamos el amor justo antes de tomarnos un café, así que ha insinuado que estoy extraño, que últimamente siente que no la deseo, y que no dudaría de que hay otra mujer si por los alrededores se pudiera encontrar alguna.

La única razón por la que quiero irme es porque necesito ver a Aaron, necesito besarlo y necesito tomarlo.

No sé muy bien qué es lo que me está sucediendo con ese chaval. Lo que empezó siendo un juego erótico entre hombre solitarios que se dan un poco de calor, empieza a convertirse en algo obsesivo, porque son pocas las veces en que no me encuentro pensando en él, en lo que me hace con la boca y la manera en que me bebe cuando me derramo entre sus labios.

Llego al rancho con la madrugada avanzada y dejo mi caballo descansar. Todos duermen, pero aun así me aseguro de que no hay miradas indiscretas, por lo que me fumo un pitillo en el porche de la casa grande mientras espero. Cuando estoy seguro de que no hay moros en la costa, lo apago con el pie sobre el entarimado y atravieso la explanada con el sombrero calado hasta la cabaña de Aaron.

La puerta no tiene echada la llave, como la de ninguno. En estos páramos solo estamos nosotros y casi se agradece una visita amiga. La mía es más que eso porque mis intenciones son más calientes.

En cuanto entro cierro tras de mí y miro hacia la cama. Aaron duerme con la sábana enredada entre las piernas y el torso al aire. Sé que lo hace desnudo como yo, que cualquier prenda le molesta para conciliar el sueño, por lo que la boca se me hace agua.

Me quito la ropa despacio, sin poder dejar de mirarlo, de recorrer con los ojos la línea de su pectoral, la hendidura entre sus abdominales, y el ligero vello púbico que escapa de las sábanas.

Cuando me deshago de los *slips* mi polla ya tiene una buena consistencia y cae hacia el suelo pesada y en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Me humedezco los labios antes de ir en su búsqueda.

Con cuidado de no despertarlo aparto la sábana y lo dejo desnudo. Como les pasa a muchos hombres, tiene el nabo completamente erecto, pegado al abdomen, ligeramente inclinado hacia la cintura. Me vuelvo a relamer y me arrodillo en el suelo a los pies de la cama.

Teniendo el mismo tiento coloco una mano sobre cada rodilla y las separo, muy despacio para no perturbar su sueño. Él se gira, emite un gemido quedo y adopta una postura fetal. Mejor así, me lo pone más fácil ya que me expone sus nalgas al completo.

Voy hacia ellas y las separo con sumo cuidado, dejando ver la deliciosa apertura, ricamente apretada y rodeada de vello suave.

El hambre se apodera de mí y no tengo más remedio que llevar mi boca hasta allí. Cuando la lengua impacta me inunda su sabor, agradable y dulce, y cuando salivo para empapar, para que el suave vello se humedezca y unas gotas de saliva impacten en las sábanas, él vuelve a

removerse inquieto, pero no se despierta.

Le como el culo despacio, muy despacio, pasando la lengua extendida, o afilándola para jugar con la apertura que cada vez parece más ansiosa de acogerla.

A Aaron vuelven a escapársele unos suspiros quedos y empiezo a dudar si sigue despierto o se lo está pasando tan bien que prefiere parecerlo.

No me importa y sigo con la comida, esta vez ayudándome de los dedos que abren, penetran y hurgan con cuidado, siempre muy empapados y sopesando por sus estremecimientos que voy por el buen camino.

Solo cuando ya no puedo más me alzo y entro en la cama, tumbándome de lado como él está, y así, acoplándome a su espalda, lo penetro lentamente, muy suave, hasta que toda la polla me queda dentro, apretada, y su culo se convulsiona a su alrededor.

La sensación es tan deliciosa que por unos instantes ni siquiera me muevo, disfrutando de la caricia que me producen sus contracciones, sus ligeras sacudidas, los suspiros que se le escapan de los labios y sus ojos cerrados, haciéndose el que duerme.

Mientras le beso suavemente el cuello y le como el borde de las orejas, me lo voy follando. Entrar hasta los huevos y salir por completo para volver a entrar es una delicia y él me acoge con tantas ganas que los suspiros empiezan a brotar de mi garganta y temo no estar a la altura del juego del dormido que estamos interpretando.

El tiempo pasa y la follada es tan deliciosa que no quiero terminar, aunque mis huevos dicen otra cosa porque la leche clama por salir y la quemazón en los riñones me dice que necesito correrme ya.

Lo hago soltando un gemido, y sacando la polla para agarrármela con una mano y seguir masturbándome. De esta manera el caño de leche impacta entre sus nalgas, en la parte baja de su espalda, y con la tercera sacudida, sobre sus riñones, espesa, blanca y olorosa, hasta vaciarme por completo y pegarme a él, por lo que el vello rubicundo que cubre mi vientre y mi pecho se empapan de semen.

—Siempre he querido que me despertaran así —gime y vuelve la cabeza para besarme.

—¿Te ha gustado?

—Prométeme que me despertarás más veces de esta forma.

Evito contestar. Lo que sea que haya entre nosotros no tiene plazo fijo ni segundas oportunidades. Es posible que sigamos dándonos placer de manera furtiva por una temporada como también lo es que esta sea nuestra última vez.

—¿Qué has hecho hoy? —le pregunto mientras le beso el cuello y le acaricio los hombros, porque ahora le toca correrse a él.

Aaron se estremece y alza la cabeza para dejarme disfrutar de una mayor porción de piel.

—Ha venido Pitt —me dice con los ojos cerrados, disfrutando de mis caricias.

—¿Y quién diantres es Pitt? —le pregunto, porque no tengo ni idea.

—Pitt Anderson —noto extraña su voz—. El hijo del señor Anderson, del rancho Macmillan.

Me importa una mierda en estos momentos el Rancho Macmillan, pero le sigo el rollo.

—Su padre quería un lote de reses —recuerdo.

—Para eso ha venido.

De doy un ligero mordisco en el hombro y él se ríe.

—Bien —le ordeno—, pues ahora cállate porque te voy a comer la boca.

Voy a hacerlo cuando él abre los ojos y me mira. Parece preocupado.

—También quería verme a mí.

Aquello me extraña.

—¿Os conocéis?

—Él y yo… bueno, hemos sido amigos.

Mis cejas se fruncen. Por alguna razón he querido creer que Aaron y yo... que conmigo era la primera vez.

—¿Cómo de amigos? —intento no parecer acusador.

Él me mantiene la mirada. sus ojos brillan.

—Ya sabes.

Me lo ha dicho todo.

—Como tú y yo —aclaro, y noto que me retiro unas pulgadas de él.

Aaron asiente.

—Follábamos de vez en cuando.

Mis labios se juntan y chasquean.

—Entiendo —intento concentrarme—. ¿Y qué quiere ahora de ti?

La preocupación se acrecienta en sus ojos. Alza una mano y con el envés me acaricia la mejilla.

—Será mejor que tengamos cuidado con él.

—¿Con ese niñato?

—Puede airear rumores, y si lo hace tendré que marcharme.

Marcharse. No se me había pasado por la cabeza. Él se irá alguna vez, como hacen todos los muchachos: unos años en el rancho y el resto de la vida para lanzarse a por su suerte. Se me hace un vacío en el estómago y ahora soy yo quien le acaricia su precioso rostro.

—Ese Pitt no lo hará —le prometo—. Le partiré las costillas si lo intenta.

Él sonríe. Más que preocupado parece triste.

—Solo quería que lo supieras.

Las comisuras de mis labios se alzan ligeramente, porque la noticia me ha aguado el carácter. Intento animarlo.

—¿Ese tío te follaba mejor que yo?

Mi estrategia surte efecto, porque ríe de esa manera luminosa que me vuelve loco.

—¿Celos? —se muerde el labio inferior.

Le doy un pellizco en la deliciosa nalga

—Vete a la mierda —le digo con humor.

Él avanza y me besa muy despacio, tanto que un escalofrío me recorre la espalda.

—Nadie me ha follado mejor que tú, y lo sabes —me asegura.

Es extraño lo que está sucediendo entre este muchacho y yo, y tengo que recordarme continuamente que solo somos eso: dos hombres solitarios que necesitan un poco de compañía, nada más.

Ahora soy yo quien le besa.

—Entonces cállate —le digo de buen humor mientras le doy la vuelta y me lo pongo de frente—, que me toca a mí darte placer.

CAPÍTULO 11
Aaron

Me preocupa Pitt. Lo conozco y sé que no parará hasta no salirse con la suya.

El martes hay que llevar las reses hasta la loma del pantano. Es un trabajo duro porque no solo hay que llevar el rebaño al completo, sino que una vez allí es necesario hacerlas pasar por una rampilla para que entren y salgan del agua ya que después procederán a desparasitarlas.

Me preparo muy temprano, pero cuando estamos listos para salir Lowen me dice que me quede, que una de las vacas está a punto de parir un becerro y hay que estar pendientes para cuando haya que avisar al veterinario.

Me enfado y él me lo nota en la cara, pero estamos delante de los muchachos y no me atrevo a discutir, aunque anoto en mi agenda mental que esta noche se va a quedar con las ganas si pretende follarme… a pesar de que sé que me dejaré en cuanto se insinué.

El rancho solitario tiene un aspecto diferente que también me gusta. En vez del trasiego habitual de hombres gritando de un lado para otro, estoy yo solo y ni siquiera me acompaña el mugido de las vacas.

Aunque cualquiera de los chicos daría un brazo por un día de descanso pagado como el mío, prefiero hacer algo para ocupar mi mente, que se llena continuamente de ideas muy sucias sobre lo que le haré a Lowen la próxima vez que me meta entre sus sábanas.

Me decanto por engrasar las sillas y los arneses de los caballos que necesitan estar listos para no lastimar ni a los vaqueros ni a los animales.

El sol está alto en el cielo cuando escucho unas pisadas tras de mí. Son cautelosas, lo que hacen que me ponga de pie de un salto y también a la defensiva.

Es Pitt, que me sonríe de medio lado y hace su gesto característico de meterse los pulgares dentro del cinturón.

—Quería darte una sorpresa —me dice, con su habitual mirada libidinosa en los labios.

Sigo engrasando una de las sillas, la de Tony, que está reseca por el uso.

—¿Qué mierda haces aquí? —intento parecer indiferente, aunque su presencia no me gusta—. Los chicos se han ido.

—Lo sé. Mi padre y sus reses también están en el pantano.

Señalo con la barbilla hacia el exterior.

—Será mejor que te vayas.

No lo hace, por supuesto, en cambio camina unos pasos hasta colocarse muy cerca de mí, tanto que su paquete abultado queda a la altura de mi boca.

—El otro día os vi —me dice, con la mirada clavada en la mía.

—No sé de qué mierda hablas.

Su sonrisa cínica se acentúa.

—A Lowen y a ti, en aquella cabaña —señala donde vivo—. Era muy tarde, de madrugada. Él se coló y solo tuve que acercarme a la ventana para ver qué se le había perdido a esas horas de la noche.

Un escalofrío de terror me recorre la espalda. ¡Nos ha pillado! Intento disimular.

—No te creo.

Él deja caer todo su peso sobre un pie y su paquete se desplaza ligeramente hacia allí.

—Lo seguí desde Rockland —asegura—. Temía que se perdiera.

Fue la noche en que se coló en mi cabaña después de dejar a Lucy. Fue especial para mí, porque me eligió a pesar de que ella le puede ofrecer lo que yo tengo prohibido. Intento pensar, ver la forma de quitarle esa idea de la cabeza, vuelvo a frotar la silla con mayor energía.

—No vistes nada. —Intento aparentar una indiferencia que no siento—. Solo vino a charlar.

—Sé lo que vi. —Se amontonan sus palabras—. Sé lo que hicisteis. ¿Ves como no me equivocaba? No puedes estar demasiado tiempo sin comerte un buen rabo.

Me pongo de pie como si me hubiera impulsado un resorte invisible. Lo encaro, furioso.

—Si no te vas, lo vas a lamentar.

Él no se mueve un ápice de donde está, demasiado cerca. Tiene la sartén por le mango y lo sabe.

—¿Sabías que soy un buen amigo de Lucy, la chica de Lowen? —avanza un paso y nuestros cuerpos casi se rozan.

—¿Lo estás amenazando?

Suelta un ligero resoplido de satisfacción.

—Si no me das lo que quiero —me intimida—, me temo que ella se va a enterar de lo que hace su vaquero con el muchacho nuevo, y solo tendrá que atar cabos.

Trago saliva, me tiene entre sus manos.

—¿Qué quieres de mí?

Su mano se alarga y me coge la polla sobre el pantalón.

—Esto.

No puedo reaccionar, no puedo negarme, así que permanezco quieto y le dejo hacer.

Los ojos de Pitt brillan de deseo, los míos de repugnancia. Me manosea el paquete, palpándome el nabo, amasándome los huevos mientras se el escapa un gemido de deseo.

No tarda en trastear en mi cinturón, en desatarme los botones del vaquero, y en darme un tirón sin miramientos para dejármelo todo al aire.

—Siempre tuviste una buena polla —me dice, mirando con ganas mi carajo que pesa hacia abajo, sin el mayor rastro de excitación.

No necesita pedirme permiso y lo sabe. Se pone de rodillas y se lo mete todo en la boca, incluidos los huevos. Allí los chupa, los relame, hasta sacarlos de nuevo y besarlos, restregarlos por su cara, golpearse los mofletes, con mucha saliva, hasta que mi nabo empieza a reaccionar.

Lo odio por aquello, por conseguir que se me ponga dura sin quererlo, y cuando empieza a mamármela, glotón, se que no parará hasta que me corra, por lo que me concentro en hacerlo pronto, en ponérselo fácil para que termine cuanto antes.

He de reconocer que se la come muy bien. Cuando éramos amantes me hacía muy buenas mamadas. Me escupe en el glande y pasa la punta del pulgar para después metérsela en la boca y comenzar de nuevo.

Noto que, al fin, me voy a ir, cuando él se detiene y deja de tocarme.

Abro los ojos, preguntándome por qué no sigue, por qué no terminamos ya, cuando se pone de pie y comienza a desabrocharse el pantalón. La mirada se me ensombrece. Solo quiero acabar con esto, que termine ya y que se olvide de Lowen y de mí.

—Vuélvete —me ordena.

Palidezco porque sé lo que pretende y no quiero, pero me gira por la cadera, me empuja y me deja caer sobre la mesa de trabajo, con el culo en pompas, expuesto para él.

Cierro los ojos y aprieto los puños. Pitt tiene un buen nabo, no tan grande como el de Lowen, pero es un animal y no tendrá contemplaciones.

En esta posición veo cómo su mano se acerca a la mesa, cómo toma con la punta de los dedos una gran cantidad de grasa con la que lubricamos el cuero, y siento cómo me empapa con ella entre las piernas, a lo largo de la hendidura de las nalgas, engrasándome a fondo hasta los huevos.

Se me escapa un gemido, y parece que es la señal para que me empale.

Su polla entra en mí de un solo movimiento de cadera, tan fuerte, que siento cómo sus nuevos golpean contra los míos, y se me escapa un gemido de dolor.

Parece que aquello le gusta más que complacerme, porque me toma del pelo, con fuerza para que mi cabeza se levante, y empieza a follarme duro, entrando y saliendo con fuertes golpes de pelvis, hasta romperme si fuera necesario.

La follada se prolonga durante mucho tiempo. Creo que se va a ir por los gemidos que se le escapan de entre los labios cuando se detiene, la saca y espera a que se le pase, para volver al galope como un salvaje, como un animal que solo se preocupa por su placer.

En una de aquella sé que no aguantará más, y suelto un suspiro de alivio porque se correrá dentro de mí y me dejará tranquilo, nos dejará al fin a Lowen y a mí.

Pero no es así. Sale de mi interior y me tira del cabello para que me vuelva mientras con la otra mano me empuja en el hombro hasta que caigo de rodillas.

Una vez que me tiene donde me quiere sonríe satisfecho, con cara de sátiro, y sin soltar el pellizco de mi cabello se masturba frente a mi cara con la mano libre, tan cerca de mí que me llega el olor de la leche y de la grasa, de sus huevos peludos que huelen a sudor y de los restos de otras corridas antiguas que seguro que aún quedan atrapados en el prepucio.

La eyaculación que tiene es abundante, como si llevara mucho tiempo sin masturbarse para regalármelo todo a mí. Su lefa me cae sobre los pómulos, en los labios y me mancha el cabello. Tiene una leche espesa, que resbala lentamente en grandes goterones.

La última sacudida quiere que me la trague, así que me obliga a abrir la boca y termina de correrse allí dentro, ordeñándose el nabo para que no quede ni gota de lefa fuera de mi boca. Por supuesto me indica que me la trague, el semen caliente mezclado con grasa de cuero, que baja por mi garganta correosa y picante hasta mi estómago.

Satisfecho, me obliga a seguir mamándosela hasta dejársela bien limpia, indagando con la lengua entre los pliegues del prepucio, retirando con los labios la leche que pudiera habérsele corrido hasta el escroto, chupándole la abertura de la polla para recoger esas gotas que aparecen al final succionando, mamando.

Cuando termina me empuja hasta que caigo sentado en el suelo, y empieza a ordenarse la ropa.

—No ha estado mal —me dice, con la respiración entrecortada por el orgasmo que acaba de tener.

—Ahora vete, y recuerda que tenemos un trato —casi le ruego.

Él sonríe, una risa de macho cabrío.

—Lo tenemos —me palmea la espalda mientras yo sigo allí sentado—. Que cada vez que lo necesite vendré a usarte si no quieres que Lucy se entere de todo.

Y, tras arrojarme un billete de un dólar, sale del taller y me deja con el corazón sangrando.

CAPÍTULO 12
Lowen

Aaron está raro últimamente y no sabría decir qué es. Quizá cierta manera retraída de comportarse, o el hecho de que me esquiva la mirada cuando mis ojos le preguntan qué le pasa.

Seguimos funcionando de maravilla entre las sábanas, y en el asiento trasero del coche, y sobre la encimera de la cocina si se tercia, pero no parece el mismo, hay algo en él que ha cambiado.

Ya he dicho que los hombres solitarios encontramos en el placer una manera de escapar a la desidia, y que este placer a veces lo encontramos entre tipos como nosotros, sobre todo cuando no hay mujeres cerca.

También he comentado que son muchos los que pasan por aquí y desaparecen al cabo de unos pocos meses, de unos pocos años, y somos escasos los que terminamos quedándonos.

Me temo que Aaron está en ese momento, en el instante preciso en que sabe que debe volar lejos de aquí a cumplir sus sueños y quizá sea yo lo único que lo retiene. ¿Es justo? ¿Debería pedirle que se fuera, que se olvidara de mí? Pero aún no estoy preparado. Este chico me gusta demasiado como para que se desvanezca. Un poco más, solo un poco más.

Hoy quiero darle una sorpresa. Los muchachos tienen trabajo de sobra en el rancho y Aaron se cuenta entre ellos, pero lo recojo tras el desayuno haciendo sonar el claxon. Tony, curioso, se asoma por el portalón de las cuadras.

—¿Pasa algo, jefe? —me pregunta sin acercarse.

—Dile al nuevo que se venga conmigo —le digo sin bajarme del Land Rover—. Hay que rematar algunos cercados.

Cuando Aaron se sube al coche me felicita por la habilidad para sacarlo de allí sin que nadie sospeche.

—Quiero darte una sorpresa.

Aunque me mira con curiosidad e intenta descubrirlo, permanezco mudo a sus preguntas y charlamos sobre el tiempo, el estado de salud de algunos animales y que pronto empezará la temporada de tormentas.

Detengo el coche a orillas del pantano, pero no en la zona que él conoce y donde solemos llevar a las reses, sino mucho más al norte, donde hay un bosquecillo de chopos que se cierra en una ladera y termina en una pequeña cala oculta a la vista desde cualquier punto.

—¿Has estado antes aquí? —pregunto, aunque sé la respuesta.

—No, pero sé que a partir de ahora se va a convertir en uno de mis lugares favoritos.

Por toda contestación le como la boca, esos labios jugosos que tanto me gustan y que saben a gloria.

Bajo del coche y empiezo a quitarme la ropa. Mis intenciones son claras, que nos demos un chapuzón en bolas y que juguemos en el agua hasta que esta se llene de manchas lechosas.

Mi camisa cae sobre el capó del coche, las botas salen disparadas a diestro y siniestro, y consigo quitarme los pantalones manteniendo el equilibrio con dificultad. Los *slips* vuelan por los aires e impactan sobre su boca y, cuando él los coje, absorbe su aroma con los ojos cerrados. Solo me dejo el pañuelo vaquero anudado al cuello porque me parece *sexy*, y hoy quiero atarle

las manos para poder hacer lo que me plazca con su cuerpo sin que pueda negarse.

Es entonces cuando me doy cuenta de que él no se ha movido de donde está. Sí, me sonríe, pero no hace por quitarse la ropa.

—¿No te apetece bañarte?

—Estará fría —me contesta.

—No más que la alberca del rancho y te he visto darte un chapuzón con los muchachos.

Se sonroja, lo que me deja perplejo. Conozco el cuerpo de este chico al milímetro. Si supiera dibujar lo trazaría sin errores y con los ojos vendados. ¿Por qué parece sentir pudor de desnudarse delante de mí?

Creo que comprende que no hay salida, y entonces empieza a desabotonarse la camisa. Lo hace muy despacio, a mí me parece muy *sexy*, pero lo que hay detrás de sus ojos es… ¿miedo?

Todo esto me perturba hasta tal manera que empiezo a creer que esta sorpresa ha sido una mala idea, y voy a decirle que lo dejemos, que regresemos al rancho y nos olvidemos de esto cuando al fin, Aaron, se la quita y la deja sobre la puerta abierta del coche.

Es entonces cuando me doy cuenta. La tela de la camisa y el ajustado pañuelo no me lo han dejado ver, pero ahora que su torso está libre, que la longitud de su cuello está expuesta, veo dos manchas rojas, encendidas, una sobre la clavícula y la otra debajo de la oreja.

Parpadeo mientras mi cerebro les busca una explicación. Él me mira a los ojos y continúa desvistiéndose. Primero una bota y después otra. Luego los pantalones, que deja donde la camisa, y por último se baja los *slips*, que deposita con un pie en el suelo.

Se expone ante mí hermoso y muy serio, y solo tengo que bajar la vista para ver una tercera marca, enrojecida como las otras dos, sobre la piel delicada de la cintura, hacia abajo, en el punto justo donde su polla se extiende cuando está excitado.

No me quedan dudas porque ya sé lo que es: es la marca que dejan unos labios cuando succionan encendidos por la pasión, unos labios que no han sido los míos y que deben haber disfrutado de su cuerpo a hurtadillas, para que yo no me enterara.

Me entran ganas de golpearlo, de pedirle explicaciones, pero ni soy un salvaje ni nos debemos fidelidad, sobre todo cuando yo he pasado algunas tardes con Lucy, aunque haya pensado en el mientras la he amado.

Por toda respuesta tomo mis *slips* y me los coloco a toda prisa mientras voy a por el resto de mi ropa.

—Lowen, yo… —dice sin moverse de donde está. Parece una estatua de sal, como la mujer de Lot que hizo lo que no debía.

Yo sigo vistiéndome a manotazos, tan deprisa como soy capaz, con mis torpes y gruesos dedos intentando abrochar los botones de la camisa.

—No tienes que explicarme nada —rujo más que digo—. Si yo no te dejo satisfecho es normal que busques a otros.

—¿Cómo no voy a quedar satisfecho contigo? —se queja. Hace el gesto de venir a mi encuentro, pero se lo piensa mejor y se detiene de nuevo—. Sabes que siento por ti… algo muy especial.

Su comentario hace que me hierva la sangre en las venas. Hasta hace un minuto lo hubiera dado todo por este muchacho, incluso más de lo que jamás hubiera estado capacitado para aceptar.

—¿Me estás queriendo decir que esas marcas no te las ha hecho la boca de otro hombre? —mi voz suena cargada de cinismo—. Porque me sentiría ofendido si me creyeras tan estúpido.

Él aparta la vista y se tapa sus partes con ambas manos. Parece que de repente le ha entrado una extraña vergüenza, lo que me enfurece más.

—Sí —confirma lo que ya sé, aunque su voz suena dolida—, he follado con otro.

Yo levanto ambas manos y voy hasta el coche. La camisa está abrochada coja y el cinturón lo llevo desatado, pero necesito salir de aquí cuanto antes.

—No tienes que darme explicaciones —le digo—, pero permíteme que lo dejemos aquí. No me siento cómodo compartiendo al chico que me gusta.

—Yo te he compartido con Lucy.

Me duele como una bofetada. No le he dicho nada, pero las cosas entre ella y yo han cambiado bastante en los últimos tiempos.

—¿Sabes desde cuándo no me acuesto con ella? —le digo, con una mirada cargada de resentimiento—. Desde que comprendí que me estaba enamorando de ti.

Sus ojos me miran sorprendidos.

—Lowen, yo…

Por toda respuesta entro en el coche y cierro de un portazo. Después empujo su ropa, que cae en la arena, para cerrar la otra puerta.

—Regresa caminando —lo arengo mientras enciendo el motor—. Hay una hora si sigues siempre hacia el este.

Las ruedas se atascan en la arena y el motor ruje. ¡Joder, necesito marcharme!

—¿Me perdonarás? —escucho su voz y contesto como un autómata.

—No tengo nada que perdonar.

—¿Por qué me tratas entonces con esa frialdad? —insiste.

Podría darle muchas explicaciones, como que había cometido la locura de trazar un futuro juntos, de abandonar el rancho y comprarnos algo pequeño, donde haya una cuadra, caballos, y el pueda entrenar para los rodeos, pero no le voy a decir nada de eso.

—Lo que hubiera entre tú y yo acaba de terminar —le dejo claro, y consigo salir del arenal—. Te deseo que lo pases bien con tu amiguito.

El coche acelerado casi da un salto antes de ponerse en marcha y salir disparado hacia cualquier lado, me da igual, solo necesito alejarme.

—Lowen… —escucho su voz. Lo que viene después se lo lleva el viento.

Aún tengo fuerzas de sacar la cabeza por la ventanilla y mirar atrás. El cinismo es así de cruel.

—No te pierdas —le grito—. En estas tierras hay lobos.

Y lo dejo allí, desnudo y solo, y a pesar de todo solo puedo sentir ternura por él.

CAPÍTULO 13
Aaron

Cuando he regresado al rancho me como las lágrimas, los mocos, y paso de largo por las cuadras porque no quiero contestar con mentiras las preguntas curiosas.

¿Qué habrá dicho el maldito Lowen cuando le hayan preguntado por el chico nuevo? ¿Que lo ha dejado abandonado en el desierto? ¿Que ha querido darle una lección para que aprenda cómo se comportan los tipos duros?

Aun así, no puedo culparlo. Se ha sentido traicionado y no le he dado ninguna explicación. Tendría que haberle dicho desde el principio que Pitt viene a verme, que toma lo que yo no le doy gustoso y que lo consigue porque en su boca siempre flota la amenaza de lo que podría decir, hacer, para destruir la vida de Lowen con un solo movimiento.

¿Pero cómo le voy a decir eso sin crear un cataclismo? Creo que lo conozco y estoy seguro de que no habría terminado de contárselo cuando ya estaría subido en su caballo galopando hacia el Rancho Macmillan para buscar a Pitt y escarmentarlo a golpes.

Con eso hubiera conseguido dos cosas: enemistarlo para siempre con la familia más poderosa del valle, que encontraría la manera de vengarse, y darle a Pitt el poder de destruir su vida exponiendo lo nuestro.

No, no puedo hacerlo, solo puedo marcharme, coger de nuevo los caminos polvorientos y encontrar otro lugar donde empezar de nuevo, otra vez, aunque en esta ocasión lleve sobre mi corazón el dolor de dejar a un hombre que creo que amo y cuyas últimas palabras me han abocetado un futuro que hubiera sido maravilloso.

Cuando entro en mi cabaña cierro de un portazo y busco la vieja bolsa de viaje, la misma que arrastré hasta aquí. Lo sensato sería tumbarme en la cama, dejar que este dolor se me pase y pensar con calma, pero sé que entonces buscaré excusas, razones para quedarme y eso solo empeoraría la situación.

Arrojo dentro mis pocas pertenencias, el cepillo de dientes y un pañuelo de cuello que me dio Lowen. Antes de meterlo lo huelo y cierro los ojos. Es él, y es una manera de llevármelo conmigo.

Voy a salir cuando la puerta se abre y aparece Pitt, que me bloquea el paso.

—¿A dónde vas?

Mira mi macuto y después a mis ojos. Yo intento pasar, pero él no se aparta.

—Quítate de en medio.

—De eso ni hablar —se abre de piernas para afianzarse en el suelo y se cruza de brazos —. Tenemos un trato.

Me sale una sonrisa cínica. ¿Un trato? Más bien dejo que me viole para que no se vaya de la lengua, pero no es lo que digo. No quiero gresca ya que este tipo sigue siendo peligroso.

—Ya no hay trato —intento otra vez salir—, ahora me marcho.

Él avanza un par de pasos hacia el interior y yo los retrocedo.

—No puedes irte —me empuja con el dedo en el pecho—. Nadie te contratará. Yo me encargaré de eso.

A pesar de que intento controlarme, las palabras me salen desabridas de la boca.

—¿Por qué no me dejas en paz? ¿Qué te he hecho? ¿Por qué me odias tanto?

Su mirada es oscura, como su alma. Lo hace desde abajo, con ojos tan fieros que asustan.

—Si te largas le contaré a todos lo de Lowen.

Se me escapa un resoplido de fastidio, también de cansancio.

—Deja a Lowen en tranquilo. Es un buen hombre.

Él esboza una sonrisa satánica y se pasa la lengua por la comisura de los labios.

—Su novia se encargará de que se convierta en el hazmerreír del condado.

—¿Qué ganarás con eso?

—Tendrá que marcharse de aquí.

Mi cabeza empieza a comprender algunas de las cosas que hasta ahora no tenían explicación.

—¿Todo eso solo por follarme cuando te apetezca? —doy un paso el frente—. Lo veo demasiado.

Él lo retrocede. Por primera vez lo noto inseguro.

—Hay pocas hembras por aquí —aduce, machote, con esa masculinidad tóxica de la que presume.

Avanzo un paso más hacia él. En algún lugar escuché que cuando hay un argumento que lo explica todo, por muy absurdo que sea, ese argumento contiene la verdad.

—Me parece que no es eso —empiezo sentir cierta lástima por él, a pesar de lo que me ha hecho—. Me parece que te gusto más de lo que das a entender.

Sus mejillas enrojecen y me indican que no voy mal encaminado.

—Y una mierda —refunfuña y alza el puño, pero yo no tengo miedo—. Lo que me gustan de ti son tu culo y tu boca.

Una sonrisa triste se encaja en mi boca.

—Así que te has enamorado.

Hay un desequilibrio en la mirada. Cuando nos pillan nos volvemos inestables. Eso le sucede a Pitt justo delante de mí.

—¿De ti? —intenta parecer gracioso—. Que te jodan.

—Y no soportas que esté con otro.

—Ten cuidado con tus palabras —escupe a un lado—, maricón.

Nos mantenemos la mirada. Durante todo este tiempo he pensado que este tío era solo un vicioso. Un cerdo que había encontrado la manera de doblegarme para que me dejara hacer lo que le viniera en ganas. Ahora sé que, además, es un desgraciado. Un tipo que no sabe amar y que cree que las personas son de su propiedad. Este descubrimiento me llena de fuerza.

Avanzo hasta estar muy cerca de él, de su rostro, y le señalo con el dedo en el hombro.

—Voy a salir por esa puerta y voy a escribir un puñado de cartas. —Esta vez soy yo quien amenaza—. Una de ellas para tu padre. Otra para tu mejor amigo. También para el pastor, sé que te gusta dártelas de buen cristiano con él. Y… ¿Cómo se llamaba esa cotilla? La anciana que le gustaba esparcir rumores sobre los demás. Si me entero de que hay un solo rumor sobre Lowen, si escucho que alguien ha osado insinuar algo de lo que hubo entre nosotros, las mandaré por correo, una a una, contando con pelos y señales cada una de las sucias cosas que hemos hecho tú y yo.

Su rostro empalidece. Por un momento creo que va a intentar golpearme, lo que sería muy mala idea porque le romperé las piernas, pero lo que hace es tragas saliva.

—Nadie te creerá.

Yo le sonrío y asiento.

—Es posible, pero seguro que no soy el primero al que te follas, ¿verdad? —noto cómo se dilatan sus pupilas—, y alguno de los que sospecharon entonces atarán cabos, y te vigilarán de cerca por si hay algo de verdad en mis cartas, y todo se habrá acabado para ti. Ya no habrá más chicos guapos a los que seducir ni más bocas agradecidas donde correrte. Entonces sí que tendrás que buscar a una buena chica con la que casarte y matarte a pajas pensando en las pollas que no te comerás por haber sido imprudente.

La palidez de su rostro da paso a un odio que casi es material.

—Eres un cabrón.

Y él ha perdido toda ascendencia sobre mí.

—Quizá —lo empujo con el hombro y voy hacia la puerta—, pero está en tus manos destrozar tu vida o seguir con la mierda de existencia que llevas ahora.

Tomo el pomo y abro. El aire caliente me golpea la cara, pero es una sensación agradable, que me gusta.

—Quizá me folle a Lowen —me grita, desesperado, antes de que me vaya.

Yo me vuelvo, y le devuelvo su miseria con una sonrisa.

—Inténtalo —me encojo de hombros—, pero si hay un solo rumor sobre él… estás acabado.

Y dejo a esa mierda de tío dentro de la cabaña, porque ahora tengo que marcharme y sé que no me será fácil olvidarme del hombre al que amo.

CAPÍTULO 14
Lowen

Me he comportado como un gilipollas, como un puto gilipollas. Ni siquiera le he dado a Aaron la posibilidad de explicarse y a mí el tiempo para digerirlo.

—Jefe —me dice Tony, que me lleva mirando de manera extraña desde que he llegado—. ¿Quiere que vaya a buscar a nuevo?

Tardo en contestar. Desde que he llegado he estado haciendo cualquier cosa para dejar de pensar en él, pero ahora lo único que sé es que debo pedirle disculpas.

—No te preocupes —lo tranquilizo—. Yo me encargo.

Tomo aire y atravieso la explanada hasta donde están las cabañas. Es listo y sé que ha encontrado el camino de vuelta y, por la hora que es, debe estar de regreso. Suelto y el aire por la nariz y vuelvo a culparme por haberme portado con él como un cabrón.

—¡Joder, Lowen! Me digo como si estuviera loco—, te has pasado de la raya.

Cuando llevo ante la puerta de la cabaña me ajusto el pañuelo del cuello y me recoloco el sombrero antes de llamar. Me sudan las manos, pero sé que si tengo que ponerme de rodillas para que me perdone lo haré sin ningún problema. Cuando golpeo la puerta esta tarda unos segundos en abrirse, pero cuando lo hace quien sale de dentro no es Aaron sino… Pitt.

—¿Qué haces aquí? —le inquiero extrañado.

—Lo mismo debería preguntarte.

Lo miro a los ojos está muy alterado y tiene el rostro congestionado.

—¿Está Aaron?

Él sonríe, pero le sale algo extraño.

—Tu pipiolo se ha marchado.

Mi frente se arruga al instante, lo que es una señal de peligro.

—¿Cómo?

Pitt me da un par de palmadas en el hombro, como si dominara la situación. La manera en que le miro esa mano basta para que la aparte

—No hace falta que te ocultes —me dice con la jactancia dibujada en el rostro—. Sé lo que hacíais cuando creíais que nadie os veía.

Mis hombres están al otro lado de la plaza y este tipo solo tiene que atravesarla para arruinarme la vida. Le detengo la retirada poniéndome justo delante de él y me coloco peligrosamente las manos en las caderas.

—Explícame, a ver si te entiendo.

Pitt es un cobarde y lo demuestra por la manera en que busca una salida con mirada cauta.

—Te vi abandonar el bar de Lucy —se encoged e hombros intentando aparentar que no siente el miedo que le tiene cogido de los huevos—, te seguí, y descubrí tu pequeño secreto.

Empiezo a entenderlo todo.

—Y se lo dijiste a Aaron.

—Los buenos amigos hacen eso, ¿no?

—¿Y qué te contestó él?

Vuelve a encogerse de hombros.

—Me pidió que no lo hiciera público.

—Y seguro que tú le pediste algo a cambio.

Sus ojos se abren demasiado, ofendidos, pero su mirada no miente y dice lo contario.

—¡Claro que no! —casi escupe—. Los amigos sabemos guardar un secreto.

Lo evalúo de arriba abajo. Podría darle una paliza por lo que ha hecho, y quizás lo haga.

—Así que tú eres el que te lo follabas —me asquea—, y él accedía para protegerme.

Noto como se pone nervioso y cambia el peso de un pie a otro.

—Tienes mucha imaginación.

Aprieto los puños y mis nudillos crujen, ansiosos por estrellarse contra el rostro de este malnacido.

—Y creo que no te has portado bien con él en todo este tiempo —leo acuso—. Tiene marcas en el cuerpo.

Cuando acorralas a una rata siempre termina por atacar, y eso es lo que intenta Pitt, señalándome con el dedo sobre le pecho,.

—Me gusta follar duro, solo eso.

No pudo resistirme y le doy una mascada. Me duele el puño y él cae de espalda, abriendo la puerta tras de sí y quedando tendido a todo lo largo dentro de la cabaña de Aaron.

Se sienta en el suelo y se toca el mentón, dolorido. Creo que está a punto de llorar.

—¡Vas a pagar lo que has hecho!

Le guiño un ojo.

—Lo sé, y me lo merezco.

Sin más me doy la vuelta y me aseguro de que llevo las llaves del Land Rovert. Ton y viene hacia mí, seguramente porque se ha dado cuenta de que algo sucede, pero lo detengo con un gesto y me monto en el coche antes de que me pregunte.

Enfilo la salida del rancho a toda velocidad. Aaron no debe estar muy lejos y sé el camino que ha tomado.

No he recorrido tres millas cuando lo veo de lejos. Se me encaja una sonrisa en la boca que boro de inmediato. Está atravesando los campos de pasto, donde una parte de los hombres a mi cargo trabaja en esos momentos.

Lo adelanto y freno justo delante, levantando una gran polvareda alrededor que hace que todos los trabajadores se fijen en nosotros.

Salto y me planto delante de Aaron, con las piernas abiertas y los brazos de la misma manera, a ambos lados.

—¿A dónde coño crees que vas?

Él alza ambas manos. Me ve peligroso y teme que me pase.

—Lowen, no tenemos nada más que hablar.

—Eso se decide entre dos —avanzo un paso hacia él. Retrocede y mira hacia atrás.

—Tus hombres nos están mirando.

—Que miren —le digo, un poco más cerca y dulcifico la voz—. Solo quiero pedirte disculpas. Me he comportado como un gilipollas.

Él me mantiene la mirada y yo me derrito. Me gustaría besarlo, pero sé que no debo hacerlo. Al fin suelta el aire que ha retenido en los pulmones y asiente.

—No tienes que hacerlo, Lowen. Esto no podía durar para siempre. Mejor así.

Yo no me resisto.

—Sé lo de Pitt.

Su mirada se enturbia.

—¿Te lo ha dicho él?

—Más o menos.

—¡Cabrón! —escupe a un lado y a mí me entran ganas de echármelo al hombro y llevármelo a mi casa, pero me parece demasiad cavernícola. Sonrío.

—Así que querías protegerme.

El baja la mirada. Cuando vuelve a mis ojos se ha sonrojado.

—No quiero que te pase nada malo, y menos por mi culpa.

Asiento. A no mucha distancia los muchachos hacen como que trabajan, aunque no apartan la mirada de nosotros. Le pongo una mano sobre el hombro. Siento el calor de su piel y me estremezco.

—¿Qué te parece si empezamos de nuevo? Esta vez en condiciones.

Él arruga la frente.

—¿Y cómo es en condiciones?

—Así.

Y lo beso. Lo tomo por la cintura e impacto mi boca sobre la suya, sobre esos labios que tanto deseo, hurgando con mi lengua hasta encontrarme con la suya. Es él quien se aparta.

—¡Lowen, tus hombres nos han visto! —se alarma en voz baja y se sonroja aún más.

—¿Sí? —miro hacia donde se encuentran y los veo verdaderamente sorprendido—. Pues repitamos. Por si alguno no se ha dado cuenta.

Esta vez lo tomo por la nuca y con la otra mano lo pego a mi cuerpo. El beso es tan húmedo que expone la manera en que lo deseo y sé que cuando nos separemos mi paquete tendrá otro tamaño bien distinto.

Cuando me aparto él boquea para tomar aire.

—Se lo contarán a todos —parece muy preocupado.

Yo me encojo de hombros y lo tomo por la cintura.

—Qué te parece si empezamos otra vez, pero a cara descubierta. Mudándote a la casa grande y amándonos sin ocultarlo.

Me mira largamente, como si quisiera comprobar si estoy en mi sano juicio.

—Sabes que eso solo nos dará problemas —dice al fin.

—¿Estás dispuesto a afrontarlos? —lo miro a los ojos, esos que ahora sé leer sin dificultad—. Porque yo sí.

Cuando le brillan y una sonrisa luminosa aparece en su boca al fin puedo respirar tranquilo.

—¿En serio?

—En serio.

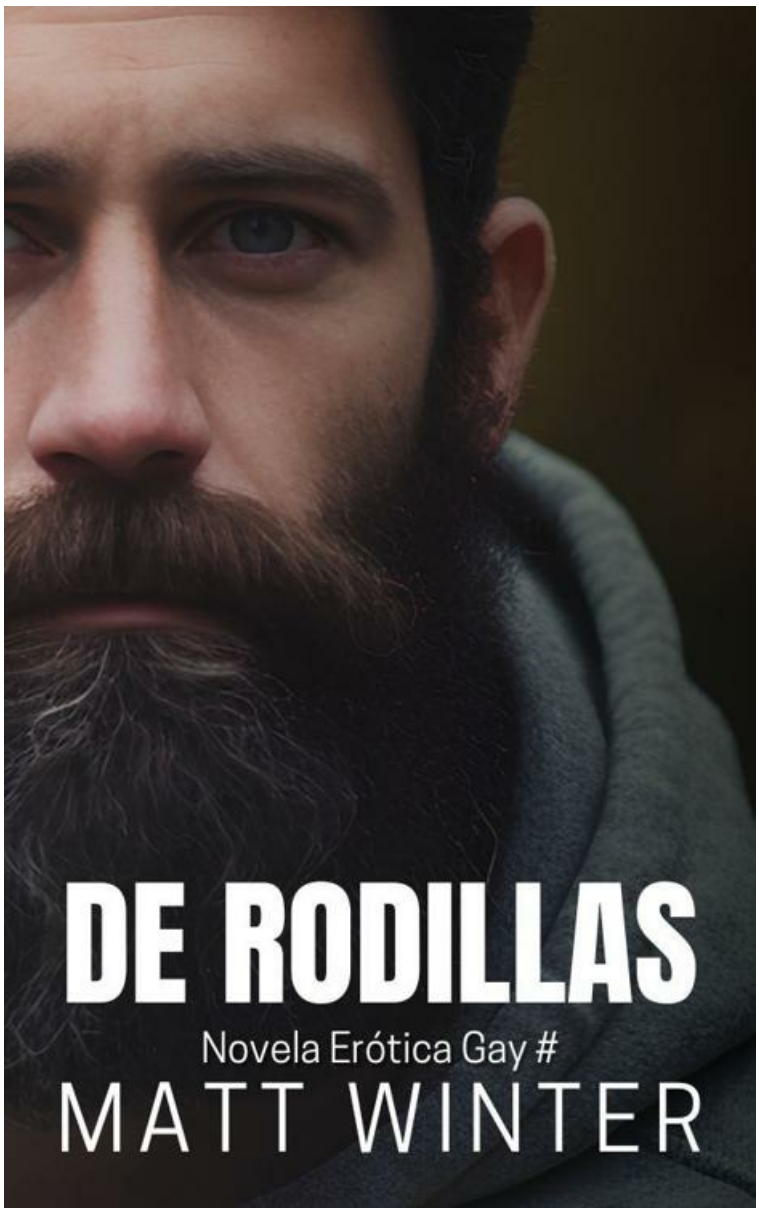
Ahora es él quien me besa, y yo cuento los minutos para llegar a casa y recuperar las horas perdidas.

Gracias por leer esta novela.
Si te ha gustado, puedes ayudarme a difundirla
dejando una reseña en Amazon.

Escaneando este código QR con tu móvil puedes acceder directamente a la valoración.



Otras novelas de la serie de Matt Winter «Romance gay»



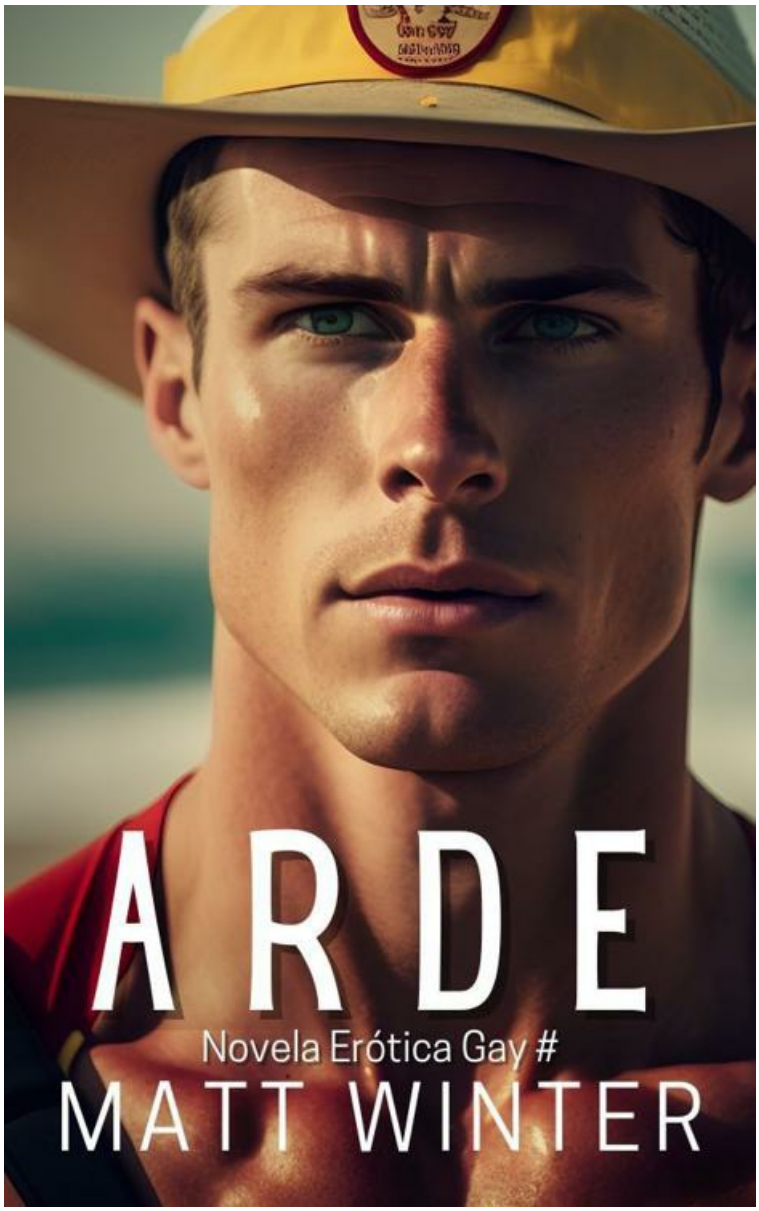
A **Taylor**, un rudo marinero de alta mar, le acaban de decir que, para poder llevar al altar a la chica de sus sueños, Mandy, ha de realizar un cursillo en la iglesia, a pesar de ser absolutamente ateo.

Lo que él no espera es que el sacerdote que debe impartirlo, **el padre Brown**, tenga esos impresionantes ojos color avellana, esos labios carnosos, y esa forma de hablarle que le provoca

estremecimientos.

Por su parte, el padre Brown, **Adam**, atraviesa una crisis de fe y se plantea seriamente dejar los hábitos y volver a la vida seglar. Cuando aparece en su despacho aquel chico barbudo y bastante rudo, todo se precipita, porque en lo único que piensa es en cómo meterlo entre sus sábanas.

Empieza a leerla gratis escaneando este código QR



Dylan acaba de entrar en el cuerpo de bomberos, un sueño que arrastra desde su niñez y que su novia, Claire, ha apoyado desde el principio.

Pero todo empieza a torcerse cuando se topa con **David**, un veterano del cuerpo al que parece no caerle bien desde el principio y que lo mira de una manera que le pone la piel erizada.

Un incendio descontrolado hace que **ambos tengan que ir un paso más allá**, y que la intimidad surja de una manera tan ardiente como las llamas que los envuelven.

Empieza a leerla gratis escaneando este código QR





El verano que **Daniel** suspende otro curso universitario su padre le da un ultimátum: «O me ayudas en la Iglesia o pasas las vacaciones trabajando en la granja de mi amigo Sam».

Pero… ¿Quién es el viejo amigo **Sam**? Se trata de un rudo vaquero al que Daniel solo vio una vez, de pequeño, y le causó una grata impresión.

De esta forma, Daniel se prepara para pasar el verano más excitante de su vida, porque Sam y sus trabajadores tienen mucho que enseñarle, y bajo las sábanas de todos ellos aprenderá a ser un hombre.

Empieza a leerla gratis escaneando este código QR

